

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum

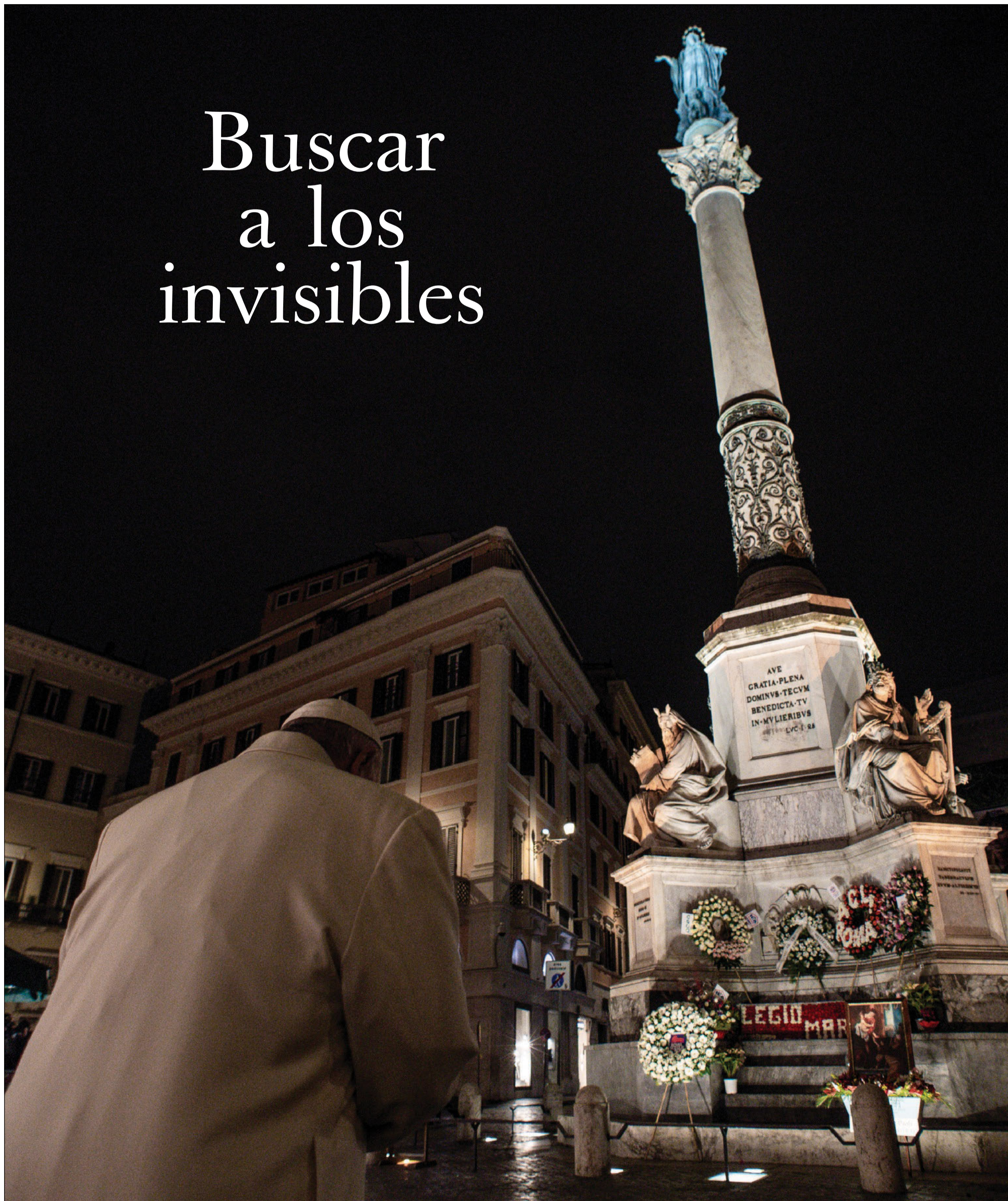
Non praevalent

Año LIII, número 50 (2.746)

Ciudad del Vaticano

10 de diciembre de 2021

Buscar a los invisibles



EN ESTE NÚMERO: TODO EL VIAJE APOSTÓLICO DEL PAPA A CHIPRE Y GRECIA (PÁGINAS 2-11)

VIAJE APOSTÓLICO DEL PAPA FRANCISCO A CHIPRE



Con las autoridades políticas, religiosas y civiles en el Palacio presidencial

Gestos de fuerza y represalias no favorecen el camino de la paz

Después de abandonar la catedral maronita de Nicosia, la tarde del 2 de diciembre, Francisco se dirigió en automóvil al Palacio presidencial para la ceremonia de bienvenida en Chipre y la visita de cortesía al presidente de la República, Nicos Anastasiades. Al finalizar el encuentro privado, el jefe del Estado y el Papa se trasladaron al Ceremonial Hall de la residencia para dirigirse a las autoridades políticas y religiosas, a los representantes de la sociedad civil y a los miembros del cuerpo diplomático acreditados en la capital chipriota. Después del discurso de Anastasiades, el Pontífice pronunció las palabras que publicamos a continuación.

Señor Presidente de la República, miembros del gobierno y del Cuerpo diplomático, distinguidas Autoridades religiosas y civiles, insignes Representantes de la sociedad y del mundo de la cultura, señoras y señores: Los saludo cordialmente, manifestándoles mi alegría por estar aquí. Le agradezco, señor Presidente, el recibimiento que me ha dado en nombre de toda la población. He venido como peregrino a un país pequeño por su geografía, pero grande por su historia; a una isla que a lo largo de los siglos no ha aislado a la gente, sino que la ha unido; a una tierra cuyo límite es el mar; a un lugar que representa la puerta oriental de Europa y la puerta occidental de Oriente Medio. Son una puerta abierta, un puerto que reúne. Chipre, encrucijada de civilizaciones, lleva en sí la vocación innata al encuentro, favorecida por el carácter acogedor de los chipriotas. Acabamos de homenajear al primer Presidente de esta República, el Arzobispo Makarios, y al realizar este gesto he deseado homenajear a todos los ciudadanos. Su nombre, Makarios, evoca las palabras iniciales del primer discurso de Jesús: las Bienaventuranzas (cf. Mt 5,3-12). ¿Quién es ese makarios, quién es realmente ese bienaventurado según la fe cristiana, a quien esta tierra está ligada indisolublemente? Bienaventurados pueden ser todos, y son ante todo los pobres de espíritu, los que han sido heridos por la vida, aquellos que viven con mansedumbre y misericordia, cuantos practican la justicia y construyen la paz sin hacerse notar. Las Bienaventuranzas, queridos amigos, son la constitución perenne del cristianismo. Vivirlas permite que el Evangelio sea

siempre joven y fecunde la sociedad de esperanza. Las Bienaventuranzas son la brújula que orienta, en todas las latitudes, las rutas que los cristianos abordan en el viaje de la vida. Justamente desde aquí, donde Europa y Oriente se encuentran, comenzó la primera gran inculturación del Evangelio en el continente y para mí es emocionante recorrer los pasos de los grandes misioneros de los orígenes, en particular de los santos Pablo, Bernabé y Marcos. Heme aquí, pues, peregrino entre ustedes para caminar con ustedes, queridos chipriotas; con todos ustedes, con el deseo de que la buena noticia del Evangelio lleve desde aquí a Europa un alegre mensaje en el signo de las Bienaventuranzas. Aquello que los primeros cristianos dieron al mundo con la fuerza humilde del Espíritu fue en efecto un inaudito mensaje de belleza. Fue la novedad sorprendente de la bienaventuranza al alcance de todos para conquistar los corazones y la libertad de muchos. Este país tiene una herencia particular en ese sentido, como mensajero de belleza entre los continentes. Chipre trasluce belleza en su territorio, que debe conservarse y protegerse con políticas ambientales oportunas y concertadas con los vecinos. La belleza se refleja también en la arquitectura, en el arte —particularmente en el arte sacro—, en el artesanado religioso y en los numerosos tesoros arqueológicos. Trayendo una imagen del mar que nos rodea, quisiera decir que esta isla representa una perla de gran valor en el corazón del Mediterráneo. Una perla, en efecto, se convierte en lo que es porque se forma con el paso del tiempo, requiere años para que las diversas estratificaciones la hagan compacta y

reluciente. De este modo, la belleza de esta tierra deriva de las culturas que a lo largo de los siglos se encontraron y mezclaron. También hoy la luz de Chipre tiene muchos matices, varios son los pueblos y las personas que, con tonalidades diversas, componen la gama cromática de esta población. Pienso también en la presencia de muchos inmigrantes, que porcentualmente es la más relevante entre los países de la Unión Europea. Salvaguardar la belleza multicolor y poliédrica del conjunto no es fácil. Se necesita tiempo y paciencia, como para la formación de la perla. Se requiere una mirada amplia que abrace la variedad de las culturas y tienda hacia el futuro con amplitud de miras.

Una perla pone de manifiesto su belleza en circunstancias difíciles. Nace de la oscuridad, cuando la ostra “sufre” después de haber recibido una visita inesperada que amenaza su incolumidad, como, por ejemplo, un grano de arena que la irrita. Para protegerse, reacciona asimilando aquello que la ha herido, envuelve aquello que para ella es peligroso y extraño y lo transforma en belleza, en una perla. La perla de Chipre fue eclipsada por la pandemia, que impidió a muchos visitantes que accedan a ver su belleza, agravando, como en otros lugares, las consecuencias de la crisis económica y financiera. Lo que garantizará un desarrollo sólido y duradero en este período de reactivación no

interior de cuantos no pueden regresar a sus casas y lugares de culto. Ruego por la paz de ustedes, por la paz de toda la isla, y el deseo con todas las fuerzas. El camino de la paz, que sana los conflictos y regenera la belleza de la fraternidad, está marcado por una palabra: diálogo, que usted, señor Presidente, ha repetido tantas veces. Tenemos que ayudarnos a creer en la fuerza paciente y humilde del diálogo, esa fuerza de la paciencia, de “llevar sobre las espaldas”, *hypomoné*, que podemos extraer de las Bienaventuranzas. Sabemos que no es un camino fácil; es largo y tortuoso, pero no hay alternativas para llegar a la reconciliación. Alimentemos la esperanza con el poder de los gestos en lugar de poner la esperanza en los gestos de poder. Porque hay un poder de los gestos que prepara la paz, no se trata de los gestos de poder, de las amenazas de venganza y de las demostraciones de fuerza, sino de los gestos de distensión, de los pasos concretos de diálogo. Me refiero, por ejemplo, al compromiso por entablar un debate sincero que ponga las exigencias de la población en primer lugar, a una implicación cada vez más activa de la Comunidad internacional, a la salvaguardia del patrimonio religioso y cultural, a la restitución de cuanto en este sentido es más querido por la gente, como los lugares o al menos los objetos sagrados. A este respecto, quisiera expresar mi aprecio y animarlos en relación al *Religious Track of the Cyprus Peace Project*, promovido por la Embajada de Suecia, para cultivar el diálogo entre los líderes religiosos. Los tiempos que no parecen fa-

desean heredar un mundo pacificado, colaborador, unido, no habitado por rivalidades perennes y contaminadas por conflictos no resueltos. Para esto es necesario el diálogo, sin el cual la sospecha y el resentimiento crecen. Que nuestra referencia sea el Mediterráneo, que ahora lamentablemente es lugar de conflictos y de tragedias humanitarias; en su belleza profunda es el *mare nostrum*, el mar de todos los pueblos que se asoman a él para estar conectados, no divididos. Chipre, encrucijada geográfica, histórica, cultural y religiosa, tiene esta posición para poner en marcha una acción de paz. Que sea una obra abierta en la que se construye la paz en medio del Mediterráneo. Con frecuencia, la paz no nace de los grandes personajes, sino de la determinación cotidiana, todos los días, de los más pequeños. El continente europeo necesita reconciliación y unidad, necesita valentía e impulso para caminar hacia adelante. Porque no serán los muros del miedo ni los vetos dictados por intereses nacionalistas los que contribuirán al progreso, ni tampoco la recuperación económica por sí sola podrá garantizar la seguridad y la estabilidad. Miremos la historia de Chipre y veamos cómo el encuentro y la acogida han dado frutos beneficiosos a largo plazo; no sólo en lo que se refiere a la historia del cristianismo, para la que Chipre fue “el trampolín de lanzamiento” en el continente, sino también por la construcción de una sociedad que ha encontrado su propia riqueza en la integración. Este espíritu amplio, esta capacidad de mirar más allá de las propias fronteras rejuvenece, permite



En este sentido, es importante tutelar y promover a cada componente de la sociedad, de modo especial a los que estadísticamente son minoritarios. Pienso además en varias entidades católicas que se beneficiarían de un oportuno reconocimiento institucional, para que la contribución que aportan a la sociedad por medio de sus actividades, en particular educativas y caritativas, sea definido adecuadamente desde el punto de vista legal.

será el entusiasmo por recobrar cuanto se ha perdido, sino el compromiso por promover la recuperación de la sociedad, particularmente por medio de una decidida lucha contra la corrupción y las plagas que atentan contra la dignidad de la persona; me refiero, por ejemplo, al tráfico de seres humanos. Pero la herida que más hace sufrir a esta tierra es la provocada por la terrible laceración que ha padecido en los últimos decenios. Me refiero al sufrimiento

vorables y en los que el diálogo decae son precisamente aquellos que pueden preparar la paz. Nos lo recuerda una vez más la perla, que se vuelve tal cuando, con paciencia y en la oscuridad, teje sustancias nuevas junto al agente que la ha herido. En esta coyuntura, no dejemos prevalecer el odio, no renunciemos a curar las heridas, no olvidemos los casos de las personas desaparecidas. Y cuando venga la tentación del desánimo, pensemos en las generaciones futuras, que

volver a encontrar el brillo perdido. Refiriéndose a Chipre, los Hechos de los Apóstoles narran que Pablo y Bernabé «atravesaron toda la isla hasta llegar a Pafos» (Hch 13,6). Para mí es un motivo de alegría atravesar durante estos días la historia y el alma de esta tierra, con el deseo de que su anhelo de unidad y su mensaje de belleza sigan guiando su camino. O Theós na evloghí tin Kípro! [¡Que Dios bendiga a Chipre!]

VIAJE APOSTÓLICO DEL PAPA FRANCISCO A CHIPRE

La mañana del viernes, 3 de diciembre, segundo día del 35º viaje internacional, el Papa llegó en automóvil al arzobispado ortodoxo de Chipre en Nicosia para la visita de cortesía a Su Beatitud Chrysostomos II, a la que después siguió el encuentro con el Santo Sínodo en la catedral ortodoxa. En el interior del templo dedicado a san Juan, después del saludo dirigido por el obispo ortodoxo de Chipre, el Papa pronunció el siguiente discurso.

Beatitud, queridos obispos del Santo Sínodo:

Estoy contento de encontrarme entre ustedes y les agradezco la cordial acogida. Gracias, querido hermano, por sus palabras, por la apertura del corazón y por el compromiso de promover el diálogo entre nosotros. Deseo extender mi saludo a los sacerdotes, a los diáconos y a todos los fieles de la Iglesia ortodoxa de Chipre, recordando particularmente a los monjes y las monjas, que con su oración purifican y elevan la fe de todos.

La gracia de estar aquí me lleva a pensar que tenemos un origen apostólico común: Pablo atravesó Chipre y posteriormente llegó a Roma. Por tanto, descendemos del mismo ardor apostólico y nos une un único camino: el del Evangelio. Me agrada ver que seguimos caminando en la misma dirección, en busca de una fraternidad cada vez mayor y de la unidad plena. En este retazo de la Tierra Santa que difunde la gracia de los Santos Lugares en el Mediterráneo, viene con naturalidad el recuerdo de tantas páginas y figuras bíblicas. Entre todas, quisiera referirme de nuevo a san Bernabé, destacando algunos aspectos que pueden orientarnos en el camino.

«José, a quien los apóstoles llamaban “Bernabé”» (Hch 4,36): así es presentado en los Hechos de los Apóstoles. Lo conocemos y veneramos por su sobrenombre, debido a lo mucho que este definía su persona. Ahora bien, la palabra Bernabé significa al mismo tiempo “hijo del consuelo” e “hijo de la exhortación”. Es hermoso que en su figura se fundan ambas características, indispensables para el anuncio del Evangelio. En efecto, todo consuelo verdadero no puede ser intimista, sino que debe traducirse en exhortación, orientar la libertad hacia el bien. Al mismo tiempo, cada exhortación en la fe no puede más que fundarse en la presencia consoladora de Dios y estar acompañada por la caridad fraterna.

De este modo Bernabé, hijo del consuelo, nos exhorta a nosotros sus hermanos a emprender la misma misión de proclamar el Evangelio a los hombres, invitándonos a comprender que el anuncio no puede basarse en exhortaciones generales, en la repetición de preceptos y normas que observar, como se ha hecho con frecuencia. Hay que seguir el camino del encuentro personal, prestar atención a las preguntas de la gente, a sus necesidades existenciales. Para ser hijos del consuelo, antes de decir cualquier cosa, es necesario escuchar, dejarse interrogar, descubrir al otro,



Con el Santo Sínodo en la catedral ortodoxa

No resignarse a las divisiones

compartir: porque el Evangelio se transmite por la comunión. Esto es lo que, como católicos, deseamos vivir en los próximos años, redescubriendo la dimensión sinodal, constitutiva del ser de la Iglesia. Y en esto sentimos la necesidad de caminar más intensamente con ustedes, queridos hermanos, que por medio de la experiencia de su sinodalidad pueden sernos verdaderamente de gran ayuda. Gracias por su colaboración fraterna, que también se manifiesta en la participación activa en la Comisión mixta internacional para el diálogo teológico entre la Iglesia católica y la Iglesia ortodoxa.

Deseo de corazón que aumenten las posibilidades de encontrarnos, de conocernos mejor, de derribar muchos preconceptos y de disponernos para una escucha serena de las respectivas experiencias de fe. Será una exhortación estimulante para que cada uno ofrezca lo mejor y esto dará un fruto espiritual de consolación a todos. El apóstol Pablo, de quien descendemos, habla a menudo de consolación y es hermoso imaginar que Bernabé, hijo del consuelo, haya sido el inspirador de algunas palabras suyas, como aquellas del comienzo de la segunda Carta a los corintios, con las que recomienda que nos consolemos mutuamente con el mismo consuelo que recibimos de Dios (cf. 2 Co 1,3-5). En este sentido, queridos hermanos, deseo asegurarles mi oración y cercanía, así como la de la Iglesia católica, tanto en los problemas más dolorosos que los angustian como en las esperanzas más hermosas y audaces que los animan. Las tristezas y las alegrías de ustedes nos pertenecen, las sentimos nuestras; y también sentimos que necesitamos mucho de sus oraciones.

A continuación –segundo aspecto–, san Bernabé es presentado en los Hechos de los Apóstoles como «un levita nacido en Chipre» (Hch 4,36). El texto no agrega otros detalles, ni en cuanto a su aspecto ni en cuanto a su persona, pero inmediatamente después revela a Bernabé por medio de una acción emblemática: «vendió un campo de su propiedad, llevó el importe y lo puso a disposición

de los apóstoles» (v. 37). Este magnífico gesto sugiere para revitalizarnos en la comunión y en la misión también nosotros hemos de tener la valentía de despojarnos de aquello que, aun siendo valioso, es terreno, para favorecer la plenitud de la unidad. No me refiero ciertamente a lo que es sagrado y nos ayuda a encontrar al Señor, sino al riesgo de absolutizar ciertos usos y costumbres que no son esenciales para vivir la fe. No nos dejemos paralizar por el temor de abrimos y de realizar gestos audaces, no se-

ria, en el campo de nuestras relaciones, ha abierto amplios surcos entre nosotros, pero el Espíritu Santo desea que volvamos a acercarnos con humildad y respeto. Él nos invita a no resignarnos frente a las divisiones del pasado y a cultivar juntos el campo del Reino, con paciencia, asiduidad y de modo concreto. Porque si dejamos de lado teorías abstractas y trabajamos juntos codo a codo –por ejemplo, en la caridad, en la educación y en la promoción de la dignidad humana–, redescubriremos al hermano y

las celebraciones de los matrimonios. Es por tanto un signo de comunión de fe y de vida, bajo la mirada de la Santa Madre de Dios, que reúne a sus hijos. Además, dentro del complejo se conserva una columna donde, según la tradición, san Pablo sufrió treinta y nueve azotes por haber anunciado la fe en Pafos. La misión, así como la comunión, pasa siempre a través de sacrificios y pruebas.

El tercer aspecto que destaco de la figura de Bernabé es precisamente una prueba, la

concordia y la unidad. Queridos hermanos, la santidad de Bernabé es elocuente también para nosotros. Cuántas veces en la historia, entre los mismos cristianos nos hemos preocupado por oponernos a los demás, en lugar de acoger dócilmente el camino de Dios, que tiende a recomponer las divisiones en la caridad. Cuántas veces hemos agrandado y difundido prejuicios sobre los demás, en vez de cumplir la exhortación que el Señor repite especialmente en el Evangelio escrito por Marcos, quien fuera con Bernabé a esta isla: hacerse pequeños y servir a los demás (cf. Mc 9,35; 10,43-44).

Beatitud, hoy en nuestro diálogo he quedado conmovido cuando usted habló de la Iglesia Madre. Nuestra Iglesia es madre, es una madre que siempre reúne a sus hijos con ternura. Confiamos en esta Madre Iglesia, que nos reúne a todos y que, con paciencia, ternura y valentía, nos conduce hacia adelante en el camino del Señor. Pero, para sentir la maternidad de la Iglesia, todos nosotros tenemos que ir allí donde la Iglesia es madre. Todos nosotros, con nuestras diferencias, pero todos hijos de la Iglesia Madre. Gracias por esa reflexión que hoy ha hecho conmigo.

Supliquémos al Señor sabiduría y valentía para seguir sus caminos y no los nuestros. Pidámoslo por intercesión de los santos. Leontios



cundemos el “carácter irreconciliable de las diferencias” que no encuentra correspondencia en el Evangelio. No permitamos que las tradiciones –en plural y con la “t” minúscula– tiendan a prevalecer sobre la Tradición –en singular y con la “t” mayúscula–. Esta nos exhorta a imitar a Bernabé, a dejar cuanto, aun siendo bueno, puede comprometer la plenitud de la comunión, el primado de la caridad y la necesidad de la unidad.

Bernabé, dejando todo lo que poseía a los pies de los apóstoles, entró en sus corazones. También nosotros estamos invitados por el Señor a redescubrirnos como parte del mismo Cuerpo, a abajar-nos hasta los pies de los hermanos. Es cierto que la histo-

la comunión madurará por sí misma, para gloria de Dios. Cada uno mantendrá las propias maneras y el propio estilo pero, con el tiempo, el trabajo conjunto acrecentará la concordia y se mostrará fecundo. Así como estas tierras mediterráneas fueron embelecidas por el trabajo respetuoso y paciente del hombre, también nosotros cultivemos, con la ayuda de Dios y con humilde perseverancia, nuestra comunión apostólica.

Por ejemplo, es un buen fruto lo que sucede aquí en Chipre en la iglesia de “Nuestra Señora de la Ciudad de oro”. El templo, dedicado a la *Panaghia Chrysopolitissa*, es actualmente lugar de culto para varias confesiones cristianas, amado por la población y elegido con frecuencia para

cual marcó su historia y los orígenes de la difusión del Evangelio en estas tierras. Al regresar a Chipre con Pablo y Marcos, Bernabé encontró a Elimas, “mago y falso profeta”, que se les opuso con malicia, tratando de torcer los caminos derechos del Señor (cf. Hch 13,6.8.10). Tampoco hoy faltan falsedades y engaños que el pasado nos pone delante y que obstaculizan el camino. Siglos de división y distancias que han llevado a asimilar, aun involuntariamente, no pocos prejuicios hostiles respecto a los demás, preconceptos basados a menudo en informaciones deficientes y distorsionadas, divulgadas por una lectura agresiva y polémica. Pero todo esto tuerce el camino de Dios, que se orienta hacia la

Machairas, cronista del siglo XV, definió a Chipre como la “Isla santa” por la cantidad de mártires y beatos que esta tierra ha conocido a lo largo de los siglos. Además de los más célebres y venerados, como Bernabé, Pablo y Marcos, Epifanio, Bárbara, Espiridón, hay muchos otros, multitudes innumerables de santos que, unidos en la única Iglesia celestial –la Iglesia Madre–, nos impulsan a navegar juntos hacia el puerto por el que todos suspiramos. Desde el más allá invitan a que hagamos de Chipre –que ya es un puente entre Oriente y Occidente– un puente entre el cielo y la tierra. Que así sea, para gloria de la Santísima Trinidad, para nuestro bien y para el bien el de todos. Gracias.

VIAJE APOSTÓLICO DEL PAPA FRANCISCO A CHIPRE

La homilía en la misa celebrada en Nicosia

Cristianos que encienden luces de esperanza en la oscuridad

Diez mil fieles participaron la mañana del viernes 3 de diciembre en la misa celebrada por el Papa Francisco en el Pancyprian Gymnastic Association Stadium (conocido también como Estadio Neo Gsp) de Nicosia. Después del saludo inicial dirigido por el patriarca de Jerusalén de los latinos Pierbattista Pizzaballa y la proclamación de las lecturas de la memoria de san Francisco Javier, el Pontífice pronunció la homilía. Publicamos, a continuación, el texto.

Mientras Jesús pasaba, dos ciegos le expresaban a gritos su miseria y su esperanza: «¡Hijo de David, ten piedad de nosotros!» (Mt 9,27). «Hijo de David» era un título atribuido al Mesías, que las profecías anunciaban como proveniente de la estirpe de David. Los dos protagonistas del Evangelio de hoy son ciegos y, sin embargo, ven lo más importante: reconocen a Jesús como el Mesías que ha venido al mundo. Detengámonos en tres pasos de este encuentro que, en este camino de adviento, pueden ayudarnos a acoger al Señor que viene, al Señor que pasa.

El primer paso: ir a Jesús para sanar. El texto dice que los dos ciegos gritaban al Señor mientras lo seguían (cf. v. 27). No lo veían, pero escuchaban su voz y seguían sus pasos. Buscaban en el Cristo lo que habían preanunciado los profetas, es decir, los signos de curación y de compasión de Dios en medio de su pueblo. A este respecto, Isaías había escrito: «Se despegarán los ojos de los ciegos» (35,5). Y otra profecía, incluida en la primera Lectura de hoy: «Los ojos de los ciegos verán sin sombra ni oscuridad» (29,18). Los dos ciegos del Evangelio se fían de Jesús y lo siguen en busca de luz



para sus ojos.

¿Y por qué, hermanos y hermanas, estas dos personas se fían de Jesús? Porque perciben que, en la oscuridad de la historia, Él es la luz que ilumina las noches del corazón y del mundo, que derrota las tinieblas y vence toda ceguera. También nosotros, como los dos ciegos, tenemos cegueras en el corazón. También nosotros, como los dos ciegos, somos viajeros a menudo inmersos en la oscuridad de la vida. Lo primero que hay que hacer es acudir a Jesús, como Él mismo dijo: «Vengan a mí todos los cansados y abrumados por cargas, y yo los haré descansar» (Mt 11,28).

¿Quién de nosotros no está de alguna manera cansado y abrumado? Todos. Pero nos resistimos a ir hacia Jesús; muchas veces preferimos quedarnos encerrados en nosotros mismos, estar solos con nuestras oscuridades,

autocompadecernos, aceptando la mala compañía de la tristeza. Jesús es el médico, sólo Él, la luz verdadera que ilumina a todo hombre (cf. Jn 1,9), nos da luz, calor y amor en abundancia. Sólo Él libera el corazón del mal. Podemos preguntarnos: ¿me encierro en la oscuridad de la melancolía, que reseca las fuentes de la alegría, o voy al encuentro de Jesús y le ofrezco mi vida? ¿Sigo a Jesús, lo «persigo», le grito mis necesidades, le entrego mis amarguras? Hagámoslo, démosle a Jesús la posibilidad de curarnos el corazón: este es el primer paso; la curación interior requiere otros dos.

El segundo paso es llevar las heridas juntos. En este relato evangélico no se cura a un solo ciego, como por ejemplo, en el caso de Bartimeo (cf. Mc 10,46-52) o del ciego de nacimiento (cf. Jn 9,1-41). Aquí los ciegos son dos. Se

encuentran juntos en el camino. Juntos comparten el dolor por su condición, juntos desean una luz que pueda hacer brillar un resplandor en el corazón de sus noches. El texto que hemos escuchado está siempre en plural, porque los dos hacen todo juntos: ambos siguen a Jesús, ambos, dirigiéndose a Él, le piden la curación a gritos; no cada uno por su lado, sino juntos. Es significativo que digan a Cristo: ten piedad de nosotros. Usan el «nosotros», no dicen «yo». No piensa cada uno en su propia ceguera, sino que piden ayuda juntos. Este es el signo elocuente de la vida cristiana, el rasgo distintivo del espíritu eclesial: pensar, hablar y actuar como un «nosotros», saliendo del individualismo y de la preten- sión de la autosuficiencia que enferman el corazón.

Los dos ciegos, al compartir sus sufrimientos y con su

amistad fraterna, nos enseñan mucho. Cada uno de nosotros de algún modo está ciego a causa del pecado, que nos impide «ver» a Dios como Padre y a los otros como hermanos. Esto es lo que hace el pecado: distorsiona la realidad, nos hace ver a Dios como el amo y a los otros como problemas. Es la obra del tentador, que falsifica las cosas y tiende a mostrárnoslas bajo una luz negativa para arrojarnos en el desánimo y la amargura. Y la horrible tristeza, que es peligrosa y no viene de Dios, anida bien en la soledad. Por tanto, no se puede afrontar la oscuridad estando solos. Si llevamos solos nuestras cegueras interiores, nos vemos abrumados. Necesitamos ponernos uno junto al otro, compartir las heridas y afrontar el camino juntos.

Queridos hermanos y hermanas, frente a cada oscuridad personal y a los desafíos que se nos presentan en la Iglesia y en la sociedad estamos llamados a renovar la fraternidad. Si permanecemos divididos entre nosotros, si cada uno piensa sólo en sí mismo o en su grupo, si no nos juntamos, si no dialogamos, si no caminamos unidos, no podremos curar la ceguera plenamente. La curación llega cuando llevamos juntos las heridas, cuando afrontamos juntos los problemas, cuando nos escuchamos y hablamos entre nosotros. Y esta es la gracia de vivir en comunidad, de comprender el valor de estar juntos, de ser comunidad. Pido para ustedes que puedan estar siempre juntos, siempre unidos; seguir adelante así y con alegría, hermanos cristianos, hijos del único Padre. Y lo pido también para mí. Y el tercer paso es anunciar el Evangelio con alegría. Después de haber sido curados juntos por Jesús, los dos protagonistas anónimos del Evangelio, en los que podemos reflejarnos, comenzaron a difundir la noticia en toda la región, a hablar de eso en todas partes. Hay un poco de ironía en este hecho: Je-

sús les había recomendado que no dijeran nada a nadie, sin embargo, ellos hicieron exactamente lo contrario (cf. Mt 9,30-31). Pero por el relato se entiende que no era su intención desobedecer al Señor, sino que simplemente no lograron contener el entusiasmo por haber sido curados y la alegría por lo que habían vivido en el encuentro con Él. Aquí hay otro signo distintivo del cristiano: la alegría del Evangelio, que es incontenible, «llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús» (Exhort. ap. Evangelii gaudium, 1); la alegría del Evangelio libera del riesgo de una fe intimista, distante y quejumbrosa, e introduce en el dinamismo del testimonio.

Queridos amigos, es hermoso verlos y percibir que viven con alegría el anuncio liberador del Evangelio: les agradezco por esto. No se trata de proselitismo —por favor, nunca hagan proselitismo—, sino de testimonio; no es moralismo que juzga —no, no lo hagan—, sino misericordia que abraza; no se trata de culto exterior, sino de amor vivido. Los animo a seguir adelante en este camino. Como los dos ciegos del Evangelio, renovemos también nosotros el encuentro con Jesús y salgamos de nosotros mismos sin miedo para testimoniarlo a cuantos encontremos. Salgamos a llevar la luz que hemos recibido, salgamos a iluminar la noche que a menudo nos rodea. Hermanos y hermanas, se necesitan cristianos iluminados, pero sobre todo luminosos, que toquen con ternura las cegueras de los hermanos, que con gestos y palabras de consuelo enciendan luces de esperanza en la oscuridad; cristianos que siembren brotes de Evangelio en los áridos campos de la cotidianidad, que lleven caricias a las soledades del sufrimiento y de la pobreza. Hermanos, hermanas, el Señor Jesús pasa, también pasa por nuestras calles de Chipre, escucha el grito de nuestras cegueras, quiere tocar nuestros ojos, quiere tocar nuestro corazón, quiere atraernos hacia la luz, hacernos renacer y reanimarnos interiormente: esto quiere hacer Jesús. Y también a nosotros nos dirige la pregunta que hizo a aquellos ciegos: «¿Creen que puedo hacer esto?» (Mt 9,28). ¿Cremos que Jesús pueda hacer esto? Renovemos nuestra confianza en Él. Digámosle: Jesús, creemos que tu luz es más grande que cualquiera de nuestras tinieblas, creemos que Tú puedes curarnos, que Tú puedes renovar nuestra fraternidad, que puedes multiplicar nuestra alegría; y con toda la Iglesia te invocamos, todos juntos: ¡Ven, Señor Jesús! [todos repiten: «¡Ven, Señor Jesús!»] ¡Ven, Señor Jesús! [todos repiten: «¡Ven, Señor Jesús!»] ¡Ven, Señor Jesús! [todos repiten: «¡Ven, Señor Jesús!»]



VIAJE APOSTÓLICO DEL PAPA FRANCISCO A CHIPRE

La oración ecuménica con los migrantes en la iglesia de la Santa Cruz en Nicosia

El alambre de púas del odio delante de quien pide libertad y pan

En la tarde del viernes 3 de diciembre, el Papa Francisco guió la oración ecuménica con los migrantes en la iglesia de la Santa Cruz en Nicosia. Después del saludo dirigido por el patriarca de Jerusalén de los latinos Pierbattista Pizzaballa, el Pontífice escuchó los testimonios de una voluntaria de Cáritas chipriota y de cuatro jóvenes migrantes, que inspiraron su reflexión. A continuación el texto.

Queridos hermanos y hermanas: Es una gran alegría estar aquí con ustedes y concluir mi visita a Chipre con este encuentro de oración. Agradezco a los Patriarcas Pizzaballa y Béchara Raï, así como también a la señora Elisabeth de Cáritas. Saludo con afecto y gratitud a los Representantes de las diversas confesiones cristianas presentes en Chipre. A ustedes, jóvenes migrantes que han dado sus testimonios, deseo decirles un enorme "gracias" de corazón. Había recibido los testimonios con anticipación, hace aproximadamente un mes, y me habían emocionado mucho, y también hoy me han conmovido nuevamente al escucharlos. Pero no es sólo emoción, es mucho más, es la conmoción que viene de la belleza de la verdad, como la de Jesús cuando exclamó: «Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has revelado todo esto a los pequeños y lo has ocultado a los sabios y a los astutos» (Mt 11,25). También yo alabo al Padre celestial porque esto sucede hoy, aquí —como también en todo el mundo—, Dios revela su Reino a los pequeños: Reino de amor, de justicia y de paz. Después de escucharlos a ustedes comprendemos mejor toda la fuerza profética de la Palabra de Dios que, por medio del apóstol Pablo, dice: «Ustedes ya no son extraños ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y familia de Dios» (Ef 2,19). Fueron palabras escritas a los cristianos de Éfeso —no lejos de aquí—; muy distantes en el tiempo, pero

paz, en el que sus hijos viven como hermanos y hermanas. Dios quiere esto, Dios sueña esto. Somos nosotros los que no lo queremos. Su presencia, hermanos y hermanas migrantes, es muy significativa en esta celebración. Sus testimonios son como un "espejo" para nosotros, comunidades cristianas. Cuando tú, Thamara, que vienes de Sri Lanka, dices: "A menudo me preguntan quién soy": la brutalidad de la migración pone en juego la propia identidad. "Pero, ¿este soy yo? No lo sé. ¿Dónde están mis raíces? ¿Quién soy?". Y cuando dices esto, nos recuerdas que también a nosotros se nos hace a veces esta pregunta: "¿Quién eres tú?". Y, lamentablemente, con frecuencia lo que se quiere decir es: "¿De qué parte estás? ¿A qué grupo perteneces?". Pero como tú nos has dicho, no somos números, no somos individuos que haya que catalogar: somos "hermanos", "amigos", "creyentes" y "prójimos" los unos de los otros. Pero cuando los intereses de grupo o los intereses políticos, también de las naciones, presionan, muchos de entre nosotros son apartados y, sin quererlo, se ven esclavos. Porque el interés siempre esclaviza, siempre crea esclavos. El amor que es amplio y que es contrario al odio, nos hace libres. Cuando tú, Maccolins, que vienes de Camerún, dices que a lo largo de tu vida has sido "herido por el odio", tú estás hablando de esto, de estas heridas de los intereses; y nos recuerdas que el odio también ha contaminado

Cuando tú, Rozh, que vienes de Irak, dices que eres "una persona en camino", nos recuerdas que también nosotros somos una comunidad en camino, que estamos en marcha del conflicto a la comunión. En este camino, que es largo y está formado por subidas y bajadas, no nos deben asustar las diferencias entre nosotros, sino más bien, si deben darnos miedo nuestras cerrazones, y nuestros prejuicios, que impiden que nos encontremos realmente y que caminemos juntos. Las cerrazones y los prejuicios vuelven a construir entre nosotros ese muro de separación que Cristo ha derribado, es decir, la enemistad (cf. Ef 2,14). Y entonces nuestro viaje hacia la unidad plena podrá avanzar en la medida en que tengamos todos juntos la mirada fija en Jesús, en Él, que es «nuestra paz» (ibíd.), que es la «piedra principal» (v. 20). Y Él, el Señor Jesús, viene a nuestro encuentro en el rostro del hermano marginado y descartado, en el rostro del migrante despreciado, rechazado, oprimido, explotado. Pero también —como has dicho tú—, en el rostro del migrante que está en camino hacia algo, hacia una esperanza, hacia una convivencia más humana. Y así Dios nos habla a través de sus sueños. El peligro es que muchas veces no dejamos entrar los sueños dentro de nosotros, preferimos dormir y no soñar. Es más fácil mirar a otra parte. Y en este mundo nos acostumbramos a la cultura de la indiferencia, a la cultura de mirar a otro lado, y dormimos así, tranquilos. Pero por este camino nunca se puede soñar. Es duro. Dios habla por medio de sus sueños. Dios no habla por medio de las personas que no pueden soñar nada, porque tienen todo o porque su co-



palabras tan cercanas, que son más actuales que nunca, como si hubieran sido escritas hoy para nosotros: "Ustedes no son forasteros, sino conciudadanos". Esta es la profecía de la Iglesia, una comunidad que encarna —con todos los límites humanos— el sueño de Dios. Porque también Dios sueña, como tú, Mariamie, que vienes de la República Democrática del Congo y te has definido "llena de sueños". Como tú, Dios sueña un mundo de

nuestras relaciones entre cristianos. Y esto, como tú has dicho, deja una marca, una marca profunda que dura mucho tiempo: es un veneno. Sí, lo has expresado con tu pasión: el odio es un veneno del que resulta difícil desintoxicarse. Y el odio es una mentalidad distorsionada que, en vez de hacer que nos reconozcamos hermanos, lleva a que nos veamos como adversarios, como rivales, o si no como objetos que se venden o se explotan.

razón se ha endurecido. Dios también a nosotros nos llama a no resignarnos a vivir en un mundo dividido, a no resignarnos a comunidades cristianas divididas, sino a caminar en la historia atraídos por el sueño de Dios, que es una humanidad sin muros de separación, liberada de la enemistad, sin más forasteros sino sólo conciudadanos, como nos decía Pablo en el pasaje que he citado. Diferentes, es verdad, y orgullosos de nuestras pe-

culiaridades; orgullosos de ser diferentes, de estas peculiaridades que son un don de Dios, Diferentes, orgullosos de serlo, pero siempre reconciliados, siempre hermanos. Que esta isla, marcada por una dolorosa división —estoy mirando el muro, allí [a través de la puerta abierta de la Iglesia]—, pueda convertirse con la gracia de Dios en taller de fraternidad. Yo agradezco a todos los que trabajan por esto. Pensar que esta isla es generosa, pero no puede hacerlo todo, porque el número de gente que llega es superior a sus posibilidades de incorporar, de integrar, de acompañar, de promover. Su cercanía geográfica facilita, pero no es fácil. Debemos entender los límites que tienen los gobernantes de esta

isla. Pero siempre está presente en esta isla, y lo he visto en los responsables que he visitado, [el compromiso] de convertirse, con la gracia de Dios, en taller de fraternidad. Y podrá serlo con dos condiciones: la primera es el reconocimiento efectivo de la dignidad de cada persona humana (cf. Carta enc. Fratelli tutti, 8). Nuestra dignidad no se vende, no se alquila, no se pierde. La frente alta: yo soy digno hijo de Dios. El reconocimiento efecti-

vo de la dignidad de toda persona humana: este es el fundamento ético, un fundamento universal que está también en el centro de la doctrina social cristiana. La segunda condición es la apertura confiada a Dios, Padre de todos, y este es el "fermento" que estamos llamados a ser como creyentes (cf. ibíd., 272). Con estas condiciones es posible que el sueño se traduzca en un viaje cotidiano, hecho de pasos concretos que van del conflicto a la comunión, del odio al amor, de la huida al encuentro. Un camino paciente que, día tras día, nos hace entrar en la tierra que Dios ha preparado para nosotros, la tierra donde, si te preguntan: "¿Quién eres?", puedes responder a cara descubierta: "Mira, soy tu hermano, ¿no me conoces?". Y andar así, lentamente. Escuchándolos a ustedes, mirándolos a la cara, la memoria va más allá, va a los sufrimientos. Ustedes llegaron aquí, pero, ¿cuántos de sus hermanos y hermanas se quedaron en el camino? ¿Cuántos, desesperados, empezaron el viaje en condiciones muy difíciles, incluso precarias, y no pudieron llegar? Podemos decir que este mar se ha convertido en un gran cementerio. Mirándolos a ustedes veo los sufrimientos del camino, tantos que han sido secuestrados, vendidos, explotados; todavía están en camino, no sabemos dónde. Es la historia de una esclavitud, una esclavitud universal. Nosotros miramos lo que sucede, y lo peor es que nos estamos acostumbrando a esto: "Ah, sí, hoy se hundió un barco, allí, muchos desaparecidos". Pero mira que este acostumbrarse es una enfermedad grave, es una enfermedad muy grave y no hay antibiótico para esta enfermedad. Debemos reaccionar contra este vicio de acostumbrarse a leer estas tragedias en los periódicos o escucharlas en otros medios de comunicación. Mirándolos a ustedes, pienso en tantos que tuvieron que regresar porque los rechazaron y terminaron en los campos de refugiados, verdaderos campos de concentración, donde las mujeres son vendidas, los hombres torturados, esclavizados. Nosotros nos lamentamos cuando leemos las historias de los campos de concentración del siglo pasado, los de los nazis, los de Stalin, nos lamentamos cuando vemos eso y decimos: "Pero, ¿cómo es posible que haya sucedido eso?". Hermanos y hermanas: está sucediendo hoy, en las costas cercanas. Lugares de esclavitud. He visto algunos testimonios grabados de eso: lugares de tortura, de venta de personas. Esto lo digo porque es mi responsabilidad ayudar a que abramos los ojos. La migración forzada no es una costumbre casi turística, ¡por favor! Y el pecado que tenemos dentro nos impulsa a pensar así: "Pobre gente, pobre gente". Y con ese "pobre gente" borramos todo. Es la guerra de este momento, es el sufrimiento de hermanos y hermanas que nosotros no podemos callar. Aquellos que han dado todo lo que tenían para subir a un barco, de noche sin saber si llegarían. Y después, tantos de ellos son rechazados y terminan en los campos de concentración, verdaderos lugares de confinamiento, de tortura y de esclavitud. Esta es la historia de esta civilización desarrollada, que nosotros llamamos Occidente. Y después —perdónenme, pero quisiera decir lo que tengo en el corazón, al menos para rezar unos por otros y hacer algo—, después los alambres de púas. Uno lo veo aquí: esta es una guerra de odio que divide a un país. Pero los alambres de púas, en otros lugares donde están, se ponen para no dejar entrar al refugiado, al que viene a pedir libertad, pan, ayuda, hermandad, alegría, que está huyendo del odio y se encuentra ante un odio que se llama alambre de púas. Que el Señor despierte las conciencias de todos nosotros frente a estas cosas. Y perdónenme si he dicho las cosas como son, pero no podemos callar y mirar a otro lado, en esta cultura de la indiferencia. Que el Señor los bendiga a todos. Gracias.

VIAJE APOSTÓLICO DEL PAPA FRANCISCO A GRECIA

Con las autoridades políticas y civiles en el Palacio presidencial de Atenas

Participación y buena política antídotos al retroceso de la democracia

Inició en la mañana del sábado 4 de diciembre, el viaje del Papa Francisco en Grecia. Desde el aeropuerto internacional de Atenas, donde llegó procedente de Chipre, el Pontífice acudió al Palacio presidencial. Allí —después de la visita de cortesía a la presidenta de la República, Katerina Sakellariou, y el encuentro con el primer ministro, Kyriakos Mitsotakis— tuvo lugar el encuentro con las autoridades y representantes de la sociedad civil y del cuerpo diplomático, introducido por las palabras de saludo del jefe de Estado helénico. Publicamos el texto del discurso del Papa.

Señora Presidenta de la República, miembros del gobierno y del Cuerpo diplomático, distinguidas Autoridades religiosas y civiles, insignes Representantes de la sociedad y del mundo de la cultura, señoras y señores:

Los saludo cordialmente y agradezco a la señora Presidenta las palabras de bienvenida que me ha dirigido en nombre de ustedes y de todos los ciudadanos griegos. Es un honor estar en esta gloriosa ciudad. Hago mías las palabras de san Gregorio Nacianceno: «Atenas áurea y dispensadora de bien... cuando buscaba la elocuencia, encontré la felicidad» (*Oratio* 43,14). Vengo como peregrino a estos lugares que sobrealundan de espiritualidad, cultura y civilización, para percibir la misma felicidad que entusiasmó al gran Padre de la Iglesia. Era la alegría de cultivar la sabiduría y de compartir su belleza. Una felicidad, por tanto, que no es individual ni está aislada, sino que, naciendo del asombro, tiende al infinito y se abre a la comunidad; una sabia felicidad, que desde estos lugares se ha difundido en todas partes. Sin Atenas y sin Grecia, Europa y el mundo no serían lo que son: serían menos sabios y menos felices.

Desde aquí, los horizontes de la humanidad se han dilatado. Yo también me siento invitado a elevar la mirada y a detenerla en la parte más alta de la ciudad: la Acrópolis. Visible desde lejos para los viajeros que han llegado hasta allí a través de los milenios, ofrecía una imprescindible referencia a la divinidad. Es la llamada a ampliar los horizontes hacia lo alto, desde el Monte Olimpo a la Acrópolis y al Monte Athos. Grecia invita al hombre de todos los tiempos a orientar el viaje de la vida hacia lo alto: hacia Dios, porque necesitamos de la trascendencia para ser verdaderamente humanos. Y mientras hoy en el Occidente, que ha nacido aquí, se tiende a ofuscar la necesidad del Cielo, atrapados por el frenesí de miles de carreras terrenas y por la avidez insaciable de un consumismo que despersonaliza, estos lugares nos invitan a dejarnos sorprender por el infinito, por la belleza del ser, por la alegría de la fe. Por aquí han pasado los caminos del Evangelio que han unido el Oriente y el Occidente, los Santos Lugares y Europa, Jerusalén y Roma; esos Evangelios que, para llevar al mundo la buena noticia de Dios amante del hombre, se escribieron en griego, lengua inmortal usada



por la Palabra —el Logos— para expresarse, lenguaje de la sabiduría humana convertido en voz de la Sabiduría divina. Pero en esta ciudad la mirada, además de dirigirse hacia lo alto, se impulsa también hacia el otro. Nos lo recuerda el mar, al que Atenas se asoma y que orienta la vocación de esta tierra, situada en el corazón del Mediterráneo para ser puente entre las personas. Aquí grandes historiadores se apasionaron narrando las historias de los pueblos cercanos y lejanos. Aquí, según la conocida afirmación de Sócrates, tuvo comienzo el sentirse ciudadanos no sólo de la propia patria, sino del mundo entero. Ciudadanos, aquí el hombre tomó conciencia de ser “un animal político” (cf. *Aristóteles*, *Política*, I, 2) y, como parte de una comunidad, vio en los otros no sólo sujetos, sino ciudadanos con los que organizar juntos la polis. Aquí nació la democracia. La cuna, milenios después, se convirtió en una casa, una gran casa de pueblos democráticos: me refiero a la Unión Europea y al sueño de paz y fraternidad que representa para tantos pueblos. Sin embargo, no se puede dejar de constatar con preocupación cómo hoy, no sólo en el continente europeo, se registra un retroceso de la democracia. Ésta requiere la participación y la implicación de todos y por tanto exige esfuerzo y paciencia; la democracia es compleja, mientras el autoritarismo es expeditivo y las promesas fáciles propuestas por los populismos se muestran atrayentes. En diversas sociedades, preocupadas por la seguridad y anestesiadas por el consumismo, el cansancio y el malestar conducen a una suerte de “escepticismo democrático”. Sin embargo, la participación de todos es una exigencia fundamental, no sólo para alcanzar objetivos comunes, sino porque responde a lo que somos: seres sociales, irrepetibles y al mismo tiempo interdependientes. Pero también existe un escepticismo, en relación a la democracia, provocado por la distancia de las instituciones, por el temor a la pérdida de identidad y por la burocracia. El remedio a esto

no está en la búsqueda obsesiva de popularidad, en la sed de visibilidad, en la proclamación de promesas imposibles o en la adhesión a abstractas colonizaciones ideológicas, sino que está en la buena política. Porque la política es algo bueno y así debe ser en la práctica, en cuanto responsabilidad suprema del ciudadano, en cuanto arte del bien común. Para que el bien sea realmente participado, hay que dirigir una atención particular, diría prioritaria, a las franjas más débiles. Esta es la dirección a seguir, que un padre fundador de Europa indicó como antídoto para las polarizaciones que amenazan la democracia, pero que amenazan con exasperarla: «Se habla mucho de quien está a la izquierda o a la derecha, pero lo decisivo es ir hacia adelante, e ir hacia adelante significa encaminarse hacia la justicia social» (A. De Gasperi, *Discurso en Milán*, 23 abril 1949). En este sentido, es necesario un cambio de ritmo, mientras cada día se difunden miedos, amplificadas por la comunicación virtual, y se elaboran teorías para oponerse a los demás. Ayudémonos, en cambio, a pasar del partidismo a la participación; del mero compromiso por sostener la propia facción a implicarse activamente por la promoción de todos. Del partidismo a la participación. Es la motivación que nos debe impulsar en varios frentes: pienso en el clima, en la pandemia, en el mercado común y sobre todo en las pobreza extendidas. Son desafíos que piden colaborar de manera concreta y activa, lo necesita la comunidad internacional, para abrir caminos de paz a través de un multilateralismo que no sea sofocado por excesivas pretensiones nacionalistas; lo necesita la política, para poner las exigencias comunes ante los intereses privados. Puede parecer una utopía, un viaje sin esperanza en un mar turbulento, una odisea larga e irrealizable. Y, sin embargo, como enseña el gran relato homérico, el viaje en un mar agitado es a menudo el único camino. Y alcanza la meta si está animado por el deseo de un hogar, por la búsqueda de seguir adelante

juntos, por el *nóstos algos*, por la nostalgia. A este respecto, quisiera renovar mi aprecio por el difícil recorrido que ha llevado al “Acuerdo de Prespa”, firmado entre esta República y la de Macedonia del Norte. Mirando aún al Mediterráneo, mar que nos abre al otro, pienso en sus costas fértiles y en el árbol que podría erigirse como símbolo: el olivo, del que se acaban de recoger los frutos y que aún tiene raras diversas que se asoman al único mar. Es triste ver cómo muchos olivos centenarios arrieron en los últimos años, consumidos por incendios causados con frecuencia por condiciones meteorológicas adversas, que a su vez fueron provocados por el cambio climático. Frente al paisaje herido de este maravilloso país, el árbol del olivo puede simbolizar la voluntad de contrastar la crisis climática y sus devastaciones. De hecho, después del diluvio, la catástrofe primordial narrada por la Biblia, una paloma regresó hasta Noé «llevando en el pico una hoja de olivo que había arrancado» (*Gn* 8,11). Era el símbolo de la recuperación, de la fuerza para volver a comenzar cambiando el estilo de vida, renovando las propias relaciones con el Creador, las creaturas y la creación. En este sentido, deseo que los compromisos asumidos en la lucha contra el cambio climático se compartan cada vez más y no sean de fachada, sino que se lleven adelante con seriedad; que a las palabras sigan los hechos, para que los hijos no paguen una vez más la hipocresía de los padres. Resuenan en este sentido las palabras que Homero puso en boca de Aquiles: «Me es tan odioso como las puertas del Hades quien piensa una cosa y manifiesta otra» (*Ilíada*, IX,312-313). En la Escritura, el olivo también representa una invitación a ser solidarios, en particular con respecto a cuantos no pertenecen al propio pueblo. Dice la Biblia: «Si recoges el fruto de tus olivos, no regreses a buscar más. Será para el migrante» (*Dt* 24,20). Este país, caracterizado por la acogida, ha visto arribar en algunas de sus islas un número ma-

yor de hermanos y hermanas migrantes que el de los mismos habitantes, aumentando de ese modo los problemas, que todavía se ven afectados por las dificultades que trajo consigo la crisis económica. Pero también las demoras europeas perduran. La Comunidad europea, desgarrada por egoísmos nacionalistas, más que ser un tren de solidaridad, algunas veces se muestra bloqueada y sin coordinación. Si en un tiempo los contrastes ideológicos impedían la construcción de puentes entre el este y el oeste del continente, hoy la cuestión migratoria también ha abierto brechas entre el sur y el norte. Quisiera exhortar nuevamente a una visión de conjunto, comunitaria, ante la cuestión migratoria, y animar a que se dirija la atención a los más necesitados para que, según las posibilidades de cada país, sean acogidos, protegidos, promovidos e integrados en el pleno respeto de sus derechos humanos y de su dignidad. Más que un obstáculo para el presente, eso representa una garantía para el futuro, de modo que sea signo de una convivencia pacífica para cuantos se ven forzados a huir en busca de un hogar y de esperanza, y que son cada vez más numerosos. Son los protagonistas de una terrible odisea moderna. Me agrada recordar que cuando Ulises desembarcó en Ítaca no fue reconocido por los señores del lugar, que le habían usurpado su casa y sus bienes, sino por quien se había hecho cargo de él. Su nodriza se dio cuenta de que era él cuando vio sus cicatrices. Los sufrimientos nos unen y reconocer la pertenencia a la misma humanidad frágil nos ayudará a construir un futuro más integrado y pacífico. ¡Transformemos en audaz oportunidad lo que sólo parece una desgraciada adversidad! En cambio, la pandemia es la gran adversidad. Ha hecho que nos redescubramos frágiles, necesitados de los demás. También en este país es un desafío que requiere oportunas intervenciones por parte de las autoridades —me refiero a la necesidad de la campaña de vacunación— y no pocos sacrificios para los ciudadanos. Pero en medio de tanto esfuerzo se ha abierto camino un notable sentido de solidaridad, al que la Iglesia católica local es dichosa de poder seguir contribuyendo, con la convicción de que esto constituya una herencia que no debe perderse con el lento aplacarse de la tempestad. Algunas palabras del juramento de Hipócrates parecen escritas para nuestro tiempo, tales como el esfuerzo por “regular el tenor de vida por el bien de los enfermos”, por “abstenerse de todo daño y ofensa” a los demás, por salvaguardar la vida en todo momento, particularmente en el seno materno (cf. *Juramento de Hipócrates*, texto antiguo). Siempre ha de privilegiarse el derecho al cuidado y a los tratamientos para todos, para que los más débiles nunca sean descartados, en particular los ancianos; que los ancianos no sean las primeras personas excluidas por la cultura del descarte. Los ancia-

nos son el singo de la sabiduría de un pueblo. En efecto, la vida es un derecho; no lo es la muerte, que se acoge, no se suministra. Queridos amigos, algunos ejemplares de olivo mediterráneo atestiguan una vida tan larga que precede al nacimiento de Cristo. Milenarios y duraderos, han resistido el paso del tiempo y nos recuerdan la importancia de custodiar raíces fuertes, inervadas de memoria. Este país puede definirse como la memoria de Europa, —ustedes son la memoria de Europa— y estoy contento de visitarlo después de veinte años de la histórica visita del Papa Juan Pablo II y en el bicentenario de su independencia. A este respecto, es conocida la frase del general Colocotronis: “Dios ha puesto su firma sobre la libertad de Grecia”. Dios pone gustosamente su firma sobre la libertad humana, siempre y en todo lugar, es su don más grande y lo que, a su vez, más valora de nosotros. Él, en efecto, nos ha creado libres y lo que más le agrada es que amemos libremente a Él y al prójimo. Las leyes contribuyen a hacerlo posible, pero también la educación en la responsabilidad y el crecimiento de una cultura del respeto. A este respecto, quiero renovar mi agradecimiento por el reconocimiento público de la comunidad católica y aseguro su voluntad de promover el bien común de la sociedad griega, orientando en ese sentido la universalidad que la caracteriza, con el deseo de que en términos prácticos siempre se garanticen las condiciones necesarias para desempeñar bien su servicio. Hace doscientos años, el Gobierno provisorio del país se dirigió a los católicos con palabras conmovedoras: “Cristo ha establecido el mandamiento del amor al prójimo. ¿Pero quién es más prójimo a ustedes, nuestros conciudadanos, aunque haya algunas diferencias en los ritos? Nosotros tenemos una única patria, pertenecemos a un único pueblo; nosotros cristianos somos hermanos, hermanos en las raíces, en el crecimiento y en los frutos por la Santa Cruz”. Ser hermanos bajo el signo de la cruz, en este país bendecido por la fe y por sus tradiciones cristianas, exhorta a todos los creyentes en Cristo a cultivar la comunión en todos los ámbitos, en el nombre de ese Dios que abraza a todos con su misericordia. En este sentido, queridos hermanos y hermanas, les agradezco su compromiso y los exhorto a hacer progresar a este país en la apertura, la inclusión y la justicia. Desde esta ciudad, desde esta cuna de la civilización se elevó —y que siga elevándose siempre— un mensaje orientado hacia lo alto y hacia el otro; que a las seducciones del autoritarismo responda con la democracia; que a la indiferencia individualista oponga el cuidado del otro, del pobre y de la creación, pilares esenciales para un humanismo renovado, que es lo que necesitan nuestros tiempos y nuestra Europa. *O Theós na evoighí tin Elláda!* [¡Que Dios bendiga a Grecia!]

VIAJE APOSTÓLICO DEL PAPA FRANCISCO A GRECIA

Con Jerónimo II en el arzobispado ortodoxo

Perdón a Dios y a los hermanos por los errores cometidos por tantos católicos

«He venido aquí, con amor y respeto, como peregrino y hermano en Cristo. Pienso en nuestras raíces apostólicas comunes y rezo al Espíritu Santo, para que nos ayude a recorrer juntos sus caminos»: lo escribió el Papa Francisco en el libro de honor del arzobispado ortodoxo de Grecia, al finalizar la visita de cortesía a Jerónimo II y al sucesivo encuentro público con el arzobispo de Atenas y de toda Grecia, que tuvieron lugar en dos momentos distintos en la capital griega en la tarde del sábado 4 de diciembre. Llegó en automóvil desde la nunciatura y el Pontífice fue acogido al ingreso del Palacio por el proto-

syncellus y dos clérigos. Una vez dentro le esperaba su beatitud junto a tres colaboradores cercanos. Antes del coloquio privado, el Obispo de Roma se detuvo en oración cerca del icono de la Virgen y entregó dos coronas del rosario. Sucesivamente, en la Sala del Trono tuvo lugar —en presencia de los respectivos séquitos— el momento público del encuentro, caracterizado por el beso del libro del Evangelio y del intercambio de regalos entre los dos (Francisco entregó una copia del Codex Pauli). Publicamos a continuación el discurso pronunciado por el Santo Padre en respuesta al de Jerónimo.

Beatitud: «Gracia y paz de parte de Dios» (Rm 1,7). Lo saludo con estas palabras del gran apóstol Pablo, las mismas con las que, mientras se encontraba en tierra griega, se dirigió a los fieles de Roma. Hoy nuestro encuentro renueva esa gracia y esa paz. Rezando ante los trofeos de la Iglesia de Roma, que son las tumbas de los apóstoles y de los mártires, me he sentido impulsado a venir aquí como peregrino, con gran respeto y humildad, para renovar esa comunión apostólica y alimentar la caridad fraterna. En este sentido deseo agradecerle, Beatitud, por las palabras que me ha dirigido y que correspondo con afecto, saludando, por medio suyo, al clero, a las comunidades monásticas y a todos los fieles ortodoxos de Grecia.

Hace cinco años nos encontramos en Lesbos, en la emergencia de uno de los dramas más grandes de nuestro tiempo, el de tantos hermanos y hermanas migrantes que no pueden ser dejados en la indiferencia y vistos sólo como una carga que hay que gestionar o, todavía peor, que hay que delegar a otro. Ahora volvemos a encontrarnos para compartir la alegría de la fraternidad y mirar al Mediterráneo que nos rodea no sólo como un lugar que preocupa y divide, sino también como un mar que nos une. Hace un momento recordé los olivos centenarios que aúnan estas tierras. Volviendo a evocar estos árboles que nos vinculan, pienso en las raíces que compartimos: son subterráneas, están escondidas, a menudo descuidadas, pero existen y lo sostienen todo. ¿Cuáles son nuestras raíces comunes que han atravesado los siglos? Son las raíces apostólicas. San Pablo las ponía de manifiesto recordando la importancia de estar «edificados sobre el cimiento de los apóstoles» (Ef 2,20). Estas raíces, que han crecido de la semilla del Evangelio, comenzaron a dar grandes frutos precisamente en la cultura helénica, pienso en tantos Padres y en los primeros grandes Concilios ecuménicos.

Lamentablemente, después hemos crecido alejados: nos han contaminado venenos mortales, la cizaña de la sospecha aumentó la distancia y dejamos de cultivar la comunión. San Basilio Magno afirmó que los verdaderos discípulos de Cristo están «modelados solamente en base a lo que ven en Él» (Moralia, 80,1). Con vergüenza —lo reconozco por la Iglesia católica— accio-

nes y decisiones que tienen poco o nada que ver con Jesús y con el Evangelio, basadas más bien en la sed de ganancias y de poder, han hecho marchitar la comunión. De este modo hemos dejado que la fecundidad estuviera amenazada por las divisiones. La historia tiene su peso y hoy aquí siento la necesidad de renovar la súplica de perdón a Dios y a los hermanos por los errores que han cometido tantos católicos. Pero es un gran consuelo la certeza de saber que nuestras raíces son apostólicas y que, no obstante las distorsiones del tiempo, la planta de Dios crece y da frutos en el mismo Espíritu. Y es una gracia que reconozcamos los unos los frutos de los otros y que juntos agradezcamos al Señor por ello.

El fruto final del árbol de olivo es el aceite, ese aceite que tiempo atrás se contenía en preciosos vasos y recipientes, que abundan entre los tesoros arqueológicos de este país. El aceite ha proporcionado la luz que iluminó las noches de la antigüedad. Durante milenios fue el «sol líquido, el primer misterioso estado de la llama de las lámparas» (C. Boureux, *Les plantes de la Bible et leur symbolique*, París 2014, 65). A nosotros, querido hermano, el aceite nos evoca al Espíritu Santo, que dio a luz a la Iglesia. Sólo Él, con su esplendor que no conoce el ocaso, puede disipar las oscuridades e iluminar los pasos de nuestro camino.

Sí, porque el Espíritu Santo es, sobre todo, aceite de comunión. En la Escritura se habla del aceite que hace brillar el rostro del hombre (cf. Sal 104,15). Cuánto se necesita hoy reconocer el valor único que resplandece en todo hombre, en cada hermano. Reconocer esta característica común de la humanidad es el punto de partida para edificar la comunión. Pero, lamentablemente —como ha escrito un gran teólogo—, «la comunión parece tocar una cuerda sensible», un tema delicado, no sólo en la sociedad, sino a menudo también entre los discípulos de Jesús «en un mundo cristiano nutrido de individualismo y de rigidez institucional». Con todo, si las tradiciones propias y las especificidades de cada uno llevan a atrincherarse y a tomar distancia de los demás, si «la alteridad no es algo cualificado por la comunión, difícilmente se puede dar vida a una cultura adecuada» (I. Zizioulas, *Comunione e alterità*, Roma 2016, 16). En cambio, la comunión entre los hermanos trae consigo la bendición divina. Los

Salmos la comparan con un «perfume precioso que se derrama sobre la cabeza, que desciende sobre la barba» (Sal 133,2). El Espíritu que se derrama en las mentes nos impulsa en efecto a una fraternidad más intensa, a estructurarnos en la comunión. Por eso, no nos tengamos miedo, ayudémonos a adorar a Dios y a servir al prójimo, sin hacer proselitismo y respetando plenamente la libertad de los demás, porque —como escribió san Pablo— «donde está el Espíritu del Señor hay libertad» (2 Co 3,17). Rezo para que el Espíritu de caridad venza nuestras resistencias y nos haga constructores de comunión, porque «si el amor logra expulsar completamente al temor y éste, transformado, se convierte en amor, entonces veremos que la unidad es una consecuencia de la salvación» (S. Gregorio de Nisa, *Homilía 15, sobre el libro del Cantar de los cantares*). Por otra parte, ¿cómo podemos dar testimonio al mundo de la concordia del Evangelio si nosotros cristianos todavía estamos separados? ¿Cómo podemos anunciar el amor de Cristo que reúne a las gentes, si no estamos unidos entre nosotros? Muchos pasos se han realizado para encontrarnos. Invoquemos al Espíritu de comunión para que nos impulse en sus caminos y nos ayude a fundar la comunión no en base a cálculos, estrategias y conveniencias, sino sobre el único modelo al que hemos de mirar: la Santísima Trinidad.

En segundo lugar, el Espíritu es aceite de sabiduría. Él ungió a Cristo y desea inspirar a los cristianos. Dóciles a su sabiduría humilde, crecemos en el conocimiento de Dios y nos abrimos a los demás. Quisiera en este sentido expresar mi reconocimiento por la importancia que da esta Iglesia ortodoxa, heredera de la primera gran inculturación de la fe —la inculturación con la cultura helénica— a la formación y a la preparación teológica. También quisiera recordar la fructífera colaboración en el ámbito cultural entre la Apostolía Diakonía de la Iglesia de Grecia —cuyos representantes tuve la alegría de encontrar en el 2019— y el Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, así como la importancia de los simposios intercristianos promovidos por la Facultad de Teología ortodoxa de la Universidad de Salonicco junto a la Universidad Pontificia Antonianum de Roma. Son ocasiones que nos han permitido instaurar cordiales relaciones



y llevar adelante útiles intercambios entre los académicos de nuestras confesiones. Agradezco además la activa participación de la Iglesia ortodoxa de Grecia en la Comisión mixta internacional para el diálogo teológico. ¡Que el Espíritu nos ayude a proseguir con sabiduría en estos caminos!

Por último, el mismo Espíritu es aceite de consolación, Paráclito que está cerca de nosotros, bálsamo del alma, curación de nuestras heridas. Él ha consagrado a Cristo con la unción para que proclamara la buena noticia a los pobres, la liberación a los cautivos, la libertad a los oprimidos (cf. Lc 4,18). Y Él todavía nos impulsa para que nos hagamos cargo de los más débiles y los más pobres, y para que su causa —primordial a los ojos de Dios— se dé a conocer al mundo. Aquí, como en cualquier otro sitio, ha sido indispensable el apoyo ofrecido a los más necesitados durante los períodos más duros de la crisis económica. Desarrollemos juntos formas de cooperación en la caridad, abrámonos y colaboremos en cuestiones de carácter ético y social para servir a los hombres de nuestro tiempo y llevarles la consolación del Evangelio. En efecto, el Espíritu nos llama, hoy más que en el pasado, a curar las heridas de la humanidad con el óleo de la caridad.

Cristo mismo pidió a los suyos, en el momento de la an-

gustia, el consuelo de la cercanía y la oración. La imagen del aceite nos conduce así al huerto de los olivos. Dijo Jesús: «Quédense aquí y vigilen» (Mc 14,34). Su petición a los apóstoles fue en plural. También hoy desea que vigilemos y recemos. Para llevar al mundo el consuelo de Dios y sanar nuestras relaciones heridas se necesita que recemos unos por otros. Es indispensable que lleguemos «a la necesaria purificación de la memoria histórica. Con la gracia del Espíritu Santo, los discípulos del Señor, animados por el amor, por la fuerza de la verdad y por la voluntad sincera de perdonarse mutuamente y reconciliarse, están llamados a reconsiderar juntos su doloroso pasado y las heridas que desgraciadamente éste sigue produciendo también hoy» (S. Juan Pablo II, Carta. enc. *Ut unum sint*, 2).

A esto nos exhorta, en particular, la fe en la Resurrección. Los apóstoles, temerosos y titubeantes, se reconciliaron con la lacerante desilusión de la Pasión cuando vieron al Señor resucitado delante de ellos. Precisamente de sus llagas, que parecían imposibles de cicatrizar, encontraron una esperanza nueva, una misericordia inaudita, un amor más grande que sus propios errores y miserias, que los transformaría en un solo Cuerpo, unido por el Espíritu en la multiplicidad de muchos miembros diferentes. Que venga sobre nosotros el Espí-

ritu del Crucificado Resucitado, que nos conceda «una sosegada y limpia mirada de verdad, vivificada por la misericordia divina, capaz de liberar los espíritus y suscitar en cada uno una renovada disponibilidad» (ibíd.); que nos ayude a no quedarnos paralizados por la negatividad y los prejuicios del pasado, sino a mirar la realidad con ojos nuevos. Entonces, las tribulaciones de ayer dejarán espacio a las consolaciones del presente, y seremos confortados por tesoros de gracia que redescubriremos en los hermanos. Como católicos, acabamos de comenzar un itinerario para profundizar la sinodalidad y sentimos que tenemos que aprender mucho de ustedes; lo deseamos con sinceridad. Es verdad que, cuando los hermanos en la fe se acercan, se derrama en los corazones el consuelo del Espíritu.

Beatitud, querido hermano, que en este camino nos acompañen los numerosos e insigntes santos de estas tierras, y los mártires, que lamentablemente hoy en el mundo son más que en el pasado. De diversas confesiones en la tierra, habitan juntos el mismo Cielo. Que intercedan para que el Espíritu, óleo santo de Dios, se infunda sobre nosotros en un renovado Pentecostés como sobre los apóstoles de los que descendemos, que encienda en nosotros el deseo de la comunión, que nos ilumine con su sabiduría y que nos una con su consolación.

VIAJE APOSTÓLICO DEL PAPA FRANCISCO A GRECIA

Con los representantes de la comunidad católica griega

Ser minoría no significa ser insignificantes



El Papa Francisco se reunió con los obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, seminaristas y catequistas de la comunidad católica de Atenas en el tarde del sábado 4 de diciembre, en la catedral de San Dionisio de la capital griega. Al llegar fue acogido en el ingreso principal por el arzobispo de Atenas, el jesuita Theodoros Kontidis, y por el párroco que le llevó la cruz y el agua bendita. Junto entraron al templo. Después del canto de ingreso, monseñor Sevastianos Rossolatos, arzobispo emérito de Atenas y de un laico; finalmente el Obispo de Roma pronunció el discurso que publicamos a continuación. Al finalizar, en el camino de regreso a la nunciatura, el Papa se detuvo desde el coche para admirar la Acrópolis de Atenas.

Queridos hermanos obispos, queridos sacerdotes, religiosas y religiosos, seminaristas, queridos hermanos y hermanas: *Kalispera sas!* [¡Buenas tardes!] Les agradezco de corazón la acogida y las palabras de saludo que me ha dirigido Mons. Rossolatos. Y gracias, hermana, por su testimonio. Es importante que los religiosos y las religiosas vivan su servicio con este espíritu, con un amor apasionado que se hace don para la comunidad donde son enviados. ¡Gracias! Gracias también a Rokos por el hermoso testimonio de fe vivido en la familia, en la vida cotidiana, junto a los hijos que, como tantos jóvenes, en un cierto momento se hacen preguntas, se interrogan, se vuelven un poco críticos sobre algunas cosas. Pero también eso está bien, porque nos ayuda como Iglesia a reflexionar y a cambiar. Estoy contento de encontrarlos en una tierra que es un don, un patrimonio de la humanidad sobre el que se han construido los fundamentos de Occidente. Todos somos un poco hijos y deudores de su país: sin la poesía, la literatura, la filosofía y el arte que se desarrollaron aquí no podríamos conocer tantas facetas de la existencia humana, ni satisfacer tantas preguntas interiores sobre la vida, el amor, el dolor y también la muerte. En el seno de este rico patrimonio, en los inicios del cristianismo se inauguró aquí un "taller" para la inculturación de la fe, dirigido por la sabiduría de muchos Padres de la Iglesia, que

con su santa conducta de vida y sus escritos representan un faro luminoso para los creyentes de todas las épocas. Pero si nos preguntamos quién ha inaugurado el encuentro entre el cristianismo de los orígenes y la cultura griega, el pensamiento no puede ir más que al apóstol Pablo. Es él quien abrió el "taller de la fe" que sintetizó esos dos mundos; y lo hizo precisamente aquí, como relatan los Hechos de los Apóstoles. Llegó a Atenas, comenzó a predicar en la plaza y los eruditos de ese tiempo lo llevaron al Areópago (cf. Hch 17,16-34), que era el consejo de los ancianos, de los sabios que juzgaban cuestiones de interés público. Detengámonos en este episodio y dejémosnos orientar, en nuestro camino como Iglesia, por dos actitudes del Apóstol que son útiles a nuestra actual elaboración de la fe. La primera actitud es la confianza. Mientras Pablo predicaba, algunos filósofos comenzaron a preguntarse qué quería enseñar ese «charlatán» (v. 18). Lo llamaron así, charlatán, uno que inventa cosas aprovechándose de la buena fe de quien lo escucha, por eso lo condujeron al Areópago. Por tanto, no tenemos que imaginar que le abrieron el telón de un escenario. Al contrario, lo llevaron allí para interrogarlo: «¿Se puede saber qué doctrina nueva es esta que tú enseñas? Queremos saber qué significan estas cosas extrañas que te oímos decir» (vv. 19-20). Pablo, en definitiva, fue acorralado. Estas circunstancias de su misión en Grecia también son importantes para nosotros hoy: el Apóstol fue arrinconado. Un poco antes, en Tesalónica, había sido obstaculizado en su predicación y, a causa de los tumultos suscitados en el pueblo, que lo acusaba de procurar desórdenes, tuvo que escapar durante la noche. Ahora, en Atenas, fue tomado por un charlatán y, como un huésped no deseado, lo condujeron al Areópago. Por lo tanto, no estaba viviendo un momento triunfante, sino que estaba llevando adelante la misión en condiciones difíciles. Quizá en muchos momentos de nuestro camino, también nosotros percibimos el cansancio y a veces la frustración de ser una co-

munidad pequeña o una Iglesia con poca fuerza que se mueve en un contexto no siempre favorable. Mediten la historia de Pablo en Atenas: estaba solo, superado en número y tenía escasas posibilidades de éxito, pero no se dejó vencer por el desánimo, no renunció a la misión ni se dejó atrapar por la tentación de lamentarse. Esto es muy importante, tengan cuidado con no estarse lamentando. Esta es la actitud del verdadero apóstol: seguir adelante con confianza, prefiriendo la inquietud de las situaciones inesperadas a la costumbre y a la repetición. Pablo tuvo esa valentía, ¿de dónde le nació? De la confianza en Dios. Su valentía era la de la confianza, confianza en la grandeza de Dios, que ama obrar siempre en nuestra debilidad. Queridos hermanos y hermanas, tenemos confianza, porque el ser Iglesia pequeña nos hace signo elocuente del Evangelio, del Dios anunciado por Jesús que elige a los pequeños y a los pobres, que cambia la historia con las proezas sencillas de los



humildes. A nosotros, como Iglesia, no se nos pide el espíritu de la conquista y de la victoria, la magnificencia de los grandes números, el esplendor mundano. Todo eso es peligroso, es la tentación del triunfalismo. A nosotros se nos pide que sigamos el ejemplo del granito de mostaza, que es ínfimo, pero crece humilde y lentamente; es la más pequeña de todas las semillas —dice Jesús— pero cuando crece se convierte en un árbol (cf. Mt 13,32). A nosotros se nos pide que seamos levadura que fermenta en lo escondido, paciente y silenciosamente, dentro de la masa del mundo, gracias a la obra incesante del Espíritu Santo (cf. v. 33). El secreto del Reino de Dios está contenido en las pequeñas cosas, en lo que a menudo no se ve ni hace ruido. El apóstol Pablo, cuyo nombre remite a la pequeñez, vivió en la confianza porque acogió en el corazón estas palabras del Evangelio, hasta el punto de enseñarlas a los hermanos de Corinto: «lo que parece debilidad en Dios es más fuerte que todo

lo humano», «escogió a los que el mundo tiene por débiles, para avergonzar a los fuertes» (1 Co 1,25,27). Entonces, queridos amigos, quisiera decirles: bendigan la pequeñez y acójnala, los dispone a confiar en Dios y sólo en Él. Ser minoría —y en el mundo entero la Iglesia es minoritaria— no quiere decir ser insignificantes, sino recorrer el camino que abrió el Señor, que es el de la pequeñez, el de la *kénosis*, el abajamiento, de la condescendencia, de la *synkatábasis* de Dios en Jesucristo. Él descendió hasta llegar a esconderse en los pliegues de la humanidad y en las llagas de nuestra carne. Nos ha salvado, sirviéndonos. Él, en efecto —afirma Pablo—, «se despojó de sí mismo asumiendo la condición de esclavo» (Flp 2,7). Muchas veces tenemos la obsesión de querer aparecer, de llamar la atención, pero «el Reino de Dios no viene de manera que lo puedan detectar visiblemente» (Lc 17,20). Viene secretamente como la lluvia, lentamente, sobre la tierra. Ayudémonos a renovar esta confianza en la obra de Dios, a no perder el entusiasmo del servicio. ¡Ánimo y adelante por este camino de la humildad y la pequeñez! Ahora quisiera destacar una segunda actitud de Pablo en el Areópago de Atenas: la acogida. Es la disposición interior necesaria para la evangelización, se trata de no querer ocupar el espacio y la vida de los demás, sino de sembrar la buena noticia en el terreno de su existencia, aprendiendo sobre todo a acoger y reconocer las semillas que Dios ya ha puesto en sus corazones, antes de nuestra llegada. Recordemos que Dios siempre precede, Dios siempre precede nuestra siembra. Evangelizar no es llenar un recipiente vacío, es ante todo dar a luz aquello que Dios ya ha empezado a realizar. Y esta extraordinaria pedagogía es la que el Apóstol demostró ante los atenienses. No les dijo "se están equivocando en todo" o "ahora les enseño la verdad", sino que comenzó acogiendo su espíritu religioso: «Atenienses, veo que ustedes son, desde todo punto de vista, personas muy religiosas. Porque mientras paseaba y contemplaba sus monumentos sagrados encontré un altar en el que estaba escrito: "Al dios desconocido"» (Hch 17,22-23). Toma un elemento valioso de los atenienses. El Apóstol reconoció la dignidad de sus interlocutores y acogió su sensibilidad religiosa. Aun cuando las calles de Atenas estaban llenas de ídolos, que lo habían hecho "estremecerse dentro de sí" (cf. v. 16), Pablo acogió el deseo de Dios escondido en el corazón de esas personas y amablemente quiso transmitirles el asombro de la fe. Su estilo no fue impositivo, sino propositivo; no estaba fundado en el proselitismo, nunca, sino en la mansedumbre de Jesús. Y eso fue posible porque Pablo tenía una mirada espiritual sobre la realidad, creía que el Espíritu Santo trabaja en el corazón del hombre, más allá de las etiquetas religiosas. Hemos escuchado esto en el testimonio de Rokos. En un cierto momento, los hijos se alejan un poco de la

práctica religiosa, pero el Espíritu Santo había obrado y continúa obrando, y de ese modo ellos creen mucho en la unidad y en la fraternidad con el prójimo. El Espíritu trabaja siempre, más allá de lo que se ve exteriormente, ¡acordémonos de esto! La actitud del apóstol en todo tiempo comienza, pues, por acoger al otro, no olvidemos que «la gracia supone la cultura, y el don de Dios se encarna en la cultura de quien lo recibe» (Exhort ap. *Evangelii gaudium*, 115). No hay una gracia abstracta girando sobre nuestras cabezas, siempre la gracia esta encarnada en una cultura, ahí se encarna. A propósito de la visita de Pablo al Areópago, Benedicto XVI dijo que debemos interesarnos mucho por las personas agnósticas o ateas, pero que tenemos que estar atentos porque «cuando hablamos de una nueva evangelización, estas personas tal vez se asustan. No quieren verse a sí mismas como objeto de misión, ni renunciar a su libertad de pensamiento y de voluntad» (*Discurso a la Curia Romana*, 21 diciembre 2009). También hoy a nosotros se nos pide la actitud de la acogida, el estilo de la hospitalidad, un corazón animado por el deseo de crear comunión en medio de las diferencias humanas, culturales o religiosas. El desafío es elaborar la pasión por el conjunto, que nos conduzca —católicos, ortodoxos, hermanos y hermanas de otros credos, así como hermanos agnósticos, todos— a escucharnos recíprocamente, a soñar y trabajar juntos, a cultivar la "mística" de la fraternidad (cf. Exhort ap. *Evangelii gaudium*, 87). La historia pasada permanece todavía como una herida abierta en el camino de este diálogo aorable, pero abrazamos con valentía el desafío que hoy se nos presenta. Queridos hermanos y hermanas, aquí en tierra griega, san Pablo manifestó su serena confianza en Dios y eso hizo que acogiera a los areopagitas que sospechaban de él. Con estas dos actitudes anunció a ese Dios que era desconocido para sus interlocutores, y llegó a presentarles el rostro de un Dios que en Cristo Jesús sembró el germen de la resurrección, el derecho universal a la esperanza, que es un derecho humano, el derecho a la esperanza. Cuando Pablo anunció esta buena noticia, la mayor parte lo ridiculizó y se fue. Sin embargo, «algunos hombres se unieron a él y abrazaron la fe, entre ellos Dionisio, el areopagita, una mujer llamada Dámaris y algunos más» (Hch 17,34). La mayoría se fue, un pequeño resto se unió a Pablo, entre ellos Dionisio, titular de esta Catedral. Era una pequeña porción, pero es así como Dios teje los hilos de la historia, desde entonces hasta hoy. Les deseo de corazón que prosigan la obra en su histórico taller de la fe, y que lo hagan con estos dos ingredientes: la confianza y la acogida, para saborear el Evangelio como experiencia de alegría y también como experiencia de fraternidad. Los llevo conmigo en el afecto y en la oración. Y ustedes, por favor, no se olviden de rezar por mí. *O Theós na sas evloghi!* [¡Que Dios los bendiga!]

VIAJE APOSTÓLICO DEL PAPA FRANCISCO A GRECIA

El sentido llamamiento que resonó durante el encuentro con los refugiados en Lesbos

«Les suplico: ¡detengamos este naufragio de civilización!»

Un sentido llamamiento a no dejar que el "mare nostrum" se convierta en un desolador "mare mortuum" y a detener lo que definió como un "naufragio de civilización" fue lanzado por el Papa Francisco el domingo por la mañana, 5 de diciembre, en la isla de Lesbos. El Pontífice regresó allí en su 35º viaje internacional, cinco años después de la visita del 16 de abril de 2016. Desde Atenas llegó en avión hasta Mitilene, capital de la isla griega, donde se unió a su séquito el ordinario local monseñor Josif Printezis, arzobispo de Naxos, Andros, Tinos e Mykonos. En coche, el Papa se dirigió al Reception and Identification Centre para visitar a los refugiados. Después de los testimonios de un huésped de la estructura y de un voluntario que les asiste, Francisco pronunció su discurso.

Queridos hermanos y hermanas:

Gracias por sus palabras. Le agradezco, señora Presidenta, por su presencia y sus palabras. Hermanas, hermanos, estoy nuevamente aquí para encontrarme con ustedes; estoy aquí para decirles que estoy cerca de ustedes de corazón; estoy aquí para ver sus rostros, para mirarlos a los ojos: ojos cargados de miedo y de esperanza, ojos que han visto la violencia y la pobreza, ojos surcados por demasiadas lágrimas. Hace cinco años, el Patriarca Ecueménico y querido hermano Bartolomé dijo en esta isla algo que me impactó: «El que les tiene miedo no los ha mirado a los ojos. El que les tiene miedo no ha visto sus rostros. El que les tiene miedo no ve a sus hijos. Olvida que la dignidad y la libertad trascienden el miedo y la división. Olvida que la migración no es un problema del Oriente Medio y del África septentrional, de Europa y de Grecia. Es un problema del mundo» (Discurso, 16 abril 2016).

Sí, es un problema del mundo, una crisis humanitaria que concierne a todos. La pandemia nos ha afectado globalmente, nos ha hecho sentir a todos en la misma barca, nos ha hecho experimentar lo que significa tener los mismos miedos. Hemos comprendido que las grandes cuestiones se afrontan juntos, porque en el mundo de hoy las soluciones fragmentadas son inadecuadas. Pero mientras se llevan adelante las vacunaciones a nivel planetario y —aun en medio de muchos retrasos e incertezas— algo parece que se está moviendo en la lucha contra el cambio climático, todo parece terriblemente opaco en lo que se refiere a las migraciones. Y, sin embargo, están en juego personas, vidas humanas. Está en juego el futuro de todos, que sólo será sereno si está integrado. El futuro sólo será próspero si se reconcilia con los más débiles. Porque cuando se rechaza a los pobres, se rechaza la paz. Cierres y nacionalismos —nos enseña la historia— llevan a consecuencias desastrosas. En efecto, como ha recordado el Concilio Vaticano II, «es absolutamente necesario el firme propósito de respetar a los demás hombres y pueblos, así como su dignidad, y el apasionado ejercicio de la fraternidad en orden a construir la paz» (Const. past. *Gaudium et spes*, 78). Es una ilusión pensar que basta con salvaguardarnos a nosotros mismos, defendiéndonos de los más dé-

biles que llaman a la puerta. El futuro nos pondrá cada vez más en contacto unos con otros; para orientarlo hacia el bien no sirven acciones unilaterales, sino políticas más amplias. La historia, repito, nos enseña, pero todavía no hemos aprendido. Que no se vuelvan las espaldas a la realidad, que termine el continuo rebote de responsabilidades, que no se delegue siempre a los otros la cuestión migratoria, como si a ninguno le importara y fuese sólo una carga inútil que alguno se ve obligado a soportar.

Hermanas, hermanos, sus rostros, sus ojos nos piden que no miremos a otra parte, que no renequemos de la humanidad que nos une, que hagamos nuestras sus historias y no olvidemos sus dramas. Elie Wiesel, testigo de la tragedia más grande del siglo pasado, escribió: «Me acerco a los hombres, mis hermanos, porque recuerdo nuestro origen común, porque me niego a olvidar que su futuro es tan importante como el mío» (*From the Kingdom of Memory, Reminiscences*, Nueva York, 1990, 10). En este domingo, ruego a Dios que nos despierte del olvido de quien sufre, que nos sacuda del individualismo que excluye, que despierte los corazones sordos a las necesidades del prójimo. Y ruego también al hombre, a cada hombre: superemos la parálisis del miedo, la indiferencia que mata, el cínico desinterés que con guantes de seda condena a muerte a quienes están en los márgenes. Afrontemos desde su raíz al pensamiento dominante, que gira en torno al propio yo, a los propios egoísmos personales y nacionales, que se convierten en medida y criterio de todo.

Han pasado cinco años desde la visita que realicé con los queridos hermanos Bartolomé y Ieronymos. Después de todo este



quisiera agradecer a las autoridades locales, que reciben, custodian y ayudan a salir adelante a esta gente que viene a nosotros. Gracias por lo que hacen. Pero debemos admitir amargamente que este país, como otros, está atravesando actualmente una situación difícil y que en Europa sigue habiendo personas que persisten en tratar el problema como un asunto que no les incumbe. Esto es trágico. Recuerdo sus últimas palabras [dirigiéndose a la Presidenta]: «Que Europa haga lo mismo». Y, ¡cuántas condiciones indignas del hombre! ¡Cuántos puntos críticos donde los migrantes

preñables. El cansancio y la frustración, agudizados por la crisis económica y pandémica, se perciben, pero no es levantando barreras como se resuelven los problemas y se mejora la convivencia, sino uniendo fuerzas para hacerse cargo de los demás según las posibilidades reales de cada uno y en el respeto de la legalidad, poniendo siempre en primer lugar el valor irrenunciable de la vida de todo hombre, de toda mujer, de toda persona. Cito una vez más a Elie Wiesel: «Cuando las vidas humanas están en peligro, cuando la dignidad humana está en peligro, los límites nacionales se vuelven

blica, fomentando el miedo al otro; ¿por qué, en cambio, con el mismo tono, no se habla de la explotación de los pobres, o de las guerras olvidadas y a menudo generosamente financiadas, o de los acuerdos económicos que se hacen a costa de la gente, o de las maniobras ocultas para traficar armas y hacer que proliferen su comercio? ¿Por qué no se habla de esto? Hay que enfrentar las causas remotas, no a las pobres personas que pagan las consecuencias de ello, siendo además usadas como propaganda política. Para remover las causas profundas no se puede sólo resolver las emergencias. Se



tiempo constatamos que poco ha cambiado sobre la cuestión migratoria. Ciertamente, muchos se han comprometido en la acogida y en la integración, y quisiera agradecer a los numerosos voluntarios y a cuantos, a todo nivel —institucional, social, caritativo, político—, han asumido grandes esfuerzos, haciéndose cargo de las personas y de la cuestión migratoria. Reconozco el compromiso en la financiación y construcción de dignas estructuras de acogida y agradezco de corazón a la población local por todo el bien que ha hecho y los numerosos sacrificios que han aceptado. Asimismo,

y refugiados viven en situaciones límite, sin vislumbrar soluciones en el horizonte! Y, sin embargo, el respeto a las personas y a los derechos humanos —especialmente en el continente que no cesa de promoverlos en el mundo— debería ser salvaguardado siempre, y la dignidad de cada uno debería ser antepuesta a todo. Es triste escuchar que el uso de fondos comunes se propone como solución para construir muros, para construir alambrados de púas. Estamos en la época de los muros y de los alambrados de púas. Ciertamente, los temores y las inseguridades, las dificultades y los peligros son com-

irrelevantes» (*Discurso de aceptación del Premio Nobel de la paz*, 10 diciembre 1986). En varias sociedades los conceptos de seguridad y solidaridad, local y universal, tradición y apertura se están oponiendo de modo ideológico. Más que sostener unas ideas, puede ayudar partir de la realidad, detenerse, ampliar la mirada, sumergirse en los problemas de la mayoría de la humanidad, de tantas poblaciones víctimas de emergencias humanitarias que no han provocado sino sólo padecido, a menudo después de largas historias de explotación todavía en curso. Es fácil arrastrar a la opinión pú-

necesitan acciones concertadas. Es necesario acercarse a los cambios históricos con amplitud de miras. Porque no hay respuestas fáciles para problemas complejos; existe más bien la necesidad de acompañar los procesos desde dentro, para superar los guetos y favorecer una lenta e indispensable integración, para acoger las culturas y las tradiciones de los otros de una manera fraterna y responsable. Sobre todo, si queremos recomenzar, miremos el rostro de los niños. Hallemos la valentía de avergonzarnos ante ellos, que son inocentes y son el futuro. Interpelan nuestras conciencias y

nos preguntan: «¿Qué mundo nos quieren dar?». No escapemos rápidamente de las crudas imágenes de sus pequeños cuerpos sin vida en las playas. El Mediterráneo, que durante milenios ha unido pueblos diversos y tierras distantes, se está convirtiendo en un frío cementerio sin lápidas. Esta gran cuenca de agua, cuna de tantas civilizaciones, ahora parece un espejo de muerte. ¡No dejemos que el *mare nostrum* se convierta en un desolador *mare mortuum*, ni que este lugar de encuentro se vuelva un escenario de conflictos! No permitamos que este "mar de los recuerdos" se transforme en el "mar del olvido". Hermanos y hermanas, les suplico: ¡detengamos este naufragio de civilización!

Dios se hizo hombre en las orillas de este mar. Su Palabra ha resonado llevando consigo el anuncio de Dios, que es «Padre y guía de los hombres» (S. Gregorio Nacianceno, *Sermón 7, en honor de su hermano Cesario*, 24). Él nos ama como hijos y quiere que seamos hermanos. Y, en cambio, ofendemos a Dios, despreciando al hombre creado a su imagen, dejándolo a merced de las olas, en la marea de la indiferencia, a veces justificada incluso en nombre de presuntos valores cristianos. La fe nos pide compasión y misericordia —no nos olvidemos que este es el estilo de Dios: cercanía, compasión y ternura—. La fe exhorta a la hospitalidad, a aquella filoxenia que impregnó la cultura clásica, encontrando luego en Jesús su propia manifestación definitiva, especialmente en la parábola del Buen Samaritano (cf. *Lc* 10, 29-37) y en las palabras del capítulo 25 del Evangelio de Mateo (cf. vv. 31-46). No es ideología religiosa, son raíces cristianas concretas. Jesús afirma solemnemente que está allí, en el forastero, en el refugiado, en el que está desnudo y hambriento; y el programa cristiano es estar donde está Jesús. Sí, porque el programa cristiano, escribió el Papa Benedicto, «es un corazón que ve» (Carta enc. *Deus caritas est*, 31).

Y no quisiera terminar este mensaje sin agradecer al pueblo griego por el recibimiento, pues tantas veces la acogida se convierte en un problema porque no encuentra camino de salida para la gente, para desplazarse a otro lado. Gracias, hermanos y hermanas griegos, gracias por esta generosidad. Y ahora pidamos a la Virgen María que nos abra los ojos ante los sufrimientos de los hermanos. Ella se puso en camino rápidamente al encuentro de su prima Isabel, que estaba encinta. ¡Cuántas madres embarazadas encontraron la muerte rápidamente, estando de viaje, mientras llevaban la vida en su vientre! Que la Madre de Dios nos ayude a tener una mirada materna, que ve en los hombres hijos de Dios, hermanas y hermanos que acoger, proteger, promover e integrar; y a amar con ternura. Que María Santísima nos enseñe a anteponer la realidad del hombre a las ideas e ideologías, y a dar pasos ágiles al encuentro del que sufre.

Ahora recemos a la Virgen todos juntos.
[Ángelus]

VIAJE APOSTÓLICO DEL PAPA FRANCISCO A GRECIA

La misa en el Megaron Concert Hall de Atenas

Sembradores de esperanza en los desiertos del mundo

Dos mil fieles entre los presentes en la sala principal y los que estaban en video conexión desde una sala cercana, participaron en la tarde del 5 de diciembre en la misa celebrada por el Papa Francisco en el Megaron Concert Hall de Atenas. Tras regresar de la isla de Lesbos, donde por la mañana había visitado a los refugiados, el Pontífice presidió la eucaristía en el segundo domingo de Adviento para la comunidad católica de la capital griega.

En este segundo domingo de adviento la Palabra de Dios nos presenta la figura de san Juan Bautista. El Evangelio subraya dos aspectos: el lugar donde se encuentra —el desierto— y el contenido de su mensaje —la conversión—. Desierto y conversión: en esto insiste el Evangelio de hoy; y tanta insistencia nos hace pensar que estas palabras nos afectan directamente. Contemplemos ambas. El desierto. El evangelista Lucas introduce este lugar de un modo particular. Habla, en efecto, de circunstancias solemnes y de grandes personajes del tiempo: cita el año quince del emperador Tiberio, señala al gobernador Poncio Pilato, al rey Herodes y a otros “líderes políticos” de entonces. Después menciona a los religiosos, Anás y Caifás, que estaban en el Templo de Jerusalén (cf. *Lc 3,1-2*). A este respecto declara: «La palabra de Dios fue dirigida a Juan, el hijo de Zacarías, que estaba en el desierto» (*Lc 3,2*). Pero, ¿cómo? Hubiéramos esperado que la Palabra de Dios se dirigiera a uno de los grandes mencionados anteriormente. Y, en cambio, no. De las líneas del Evangelio emerge una sutil ironía: de los pisos superiores donde residen los que deten-

redención no comienza en Jerusalén, en Atenas o en Roma, sino en el desierto. Esta estrategia paradójica nos da un mensaje muy hermoso: tener autoridad, ser cultos y famosos no es una garantía para agradar a Dios; al contrario, podría conducir a ensoberbecerse y a rechazarlo. Es necesario en cambio ser pobres por dentro, como pobre es el desierto.

Quedémonos en la paradoja del desierto. El Precursor prepara la venida de Cristo en este lugar inaccesible e inhóspito, lleno de peligros. Ahora bien, si uno quiere dar un anuncio importante, normalmente va a lugares bonitos, donde hay mucha gente, donde hay visibilidad. Juan, en cambio, predicaba en el desierto. Precisamente allí, en el lugar de la aridez, en ese espacio vacío que se extiende hasta el horizonte y donde casi no hay vida, allí se revela la gloria del Señor, que —como profetizan las Escrituras (cf. *Is 40,3-4*)— cambia el desierto en lagunas, la tierra estéril en fuentes de agua (cf. *Is 41,18*). Este es otro mensaje reconfortante: Dios, hoy como entonces, dirige la mirada hacia donde dominan la tristeza y la soledad. Podemos experimentarlo en la vida, Él a menudo no logra llegar hasta nosotros mientras estamos en medio de los aplausos y sólo pensamos en nosotros mismos; llega hasta nosotros sobre todo en la hora de la prueba; nos visita en las situaciones difíciles, en nuestros vacíos que le dejan espacio, en nuestros desiertos existenciales. Allí nos visita el Señor.

Queridos hermanos y hermanas, en la vida de una persona o de un pueblo no faltan



toy contigo. No te angusties, porque yo soy tu Dios. Yo te fortalezo y te auxilio» (v. 10). Predicando en el desierto, Juan nos asegura que el Señor viene a liberarnos y a devolvernos la vida justo en las situaciones que parecen irremediables, sin vía de escape: allí viene. No hay por

se a Dios y a los demás. Y tampoco tengan miedo de la aridez, porque Dios no la teme, y es allí donde viene a visitarnos. Pasemos ahora al segundo aspecto, la conversión. El Bautista la predicaba sin descanso y con vehemencia (cf. *Lc 3,7*). También este es un tema “incómodo”. Así como el desierto no es el primer lugar al que quisiéramos ir, la invitación a la conversión no es ciertamente la primera propuesta que quisiéramos oír. Hablar de conversión puede suscitar tristeza; nos parece difícil de conciliar con el Evangelio de la alegría. Pero esto sucede cuando la conversión se reduce a un esfuerzo moral, como si fuera sólo un fruto de nuestro esfuerzo. El problema está justamente ahí: en basar todo en nuestras propias fuerzas; eso no funciona. Ahí también anidan la tristeza espiritual y la frustración. Quisiéramos convertirnos, ser mejores, superar nuestros defectos, cambiar, pero sentimos que no somos plenamente capaces y, a pesar de nuestra buena voluntad, siempre volvemos a caer. Tenemos la misma experiencia de san Pablo que, precisamente desde estas tierras, escribía: «Está a mi alcance querer el bien, pero no el realizarlo, ya que no hago el bien que quiero y, en cambio, practico el mal que no quiero» (*Rm 7,18-19*). Por tanto, si solos no tenemos la capacidad de hacer el bien que queremos, ¿qué quiere decir que nos debemos convertir? Nos puede ayudar su hermo-

sa lengua, el griego, con la etimología del verbo evangélico “convertirse”, *metanoém*. Está compuesto por la preposición *metá*, que aquí significa más allá, y del verbo *noém*, que quiere decir pensar. Convertirse, entonces, es pensar más allá, es decir, ir más allá del modo habitual de pensar, más allá de los esquemas mentales a los que estamos acostumbrados. Pienso en los esquemas que reducen todo a nuestro yo, a nuestra pretensión de autosuficiencia. O en esos esquemas cerrados por la rigidez y el miedo que paralizan, por la tentación del “siempre se ha hecho así, ¿para qué cambiar?”, por la idea de que los desiertos de la vida son lugares de muerte y no de la presencia de Dios. Juan, exhortándonos a la conversión, nos invita a ir más allá y a no detenernos aquí, a ir más allá de lo que nos dicen nuestros instintos y nos representan nuestros pensamientos, porque la realidad es más grande, más grande que nuestros instintos y que nuestros pensamientos. La realidad es que Dios es más grande. Convertirse, entonces, significa no prestar oído a aquello que corroe la esperanza, a quien repite que en la vida nunca cambiará nada —los pesimistas de siempre—; es rechazar el creer que estamos destinados a hundirnos en las arenas movedizas de la mediocridad; es no rendirse a los fantasmas interiores, que se presentan sobre todo en los momentos de prueba para desalentarnos y decirnos que no podemos, que todo está

mal y que ser santos no es para nosotros. No es así, porque está Dios. Es necesario fiarse de Él, porque Él es nuestro más allá, nuestra fuerza. Todo cambia si se le deja el primer lugar a Él. Eso es la conversión: al Señor le basta que dejemos nuestra puerta abierta para entrar y hacer maravillas, como le bastaron un desierto y las palabras de Juan para venir al mundo. No pide más.

Pidamos la gracia de creer que con Dios las cosas cambian, que Él cura nuestros miedos, sana nuestras heridas, transforma los lugares áridos en manantiales de agua. Pidamos la gracia de la esperanza. Porque la esperanza reanima la fe y reaviva la caridad. Porque los desiertos del mundo hoy están sedientos de esperanza. Y mientras este encuentro nos renueva en la esperanza y en la alegría de Jesús, y yo gozo estando con ustedes, pidamos a nuestra Madre Santísima que nos ayude a ser, como ella, testigos de esperanza, sembradores de alegría a nuestro alrededor —la esperanza, hermanos y hermanas, no defrauda, nunca defrauda—, no sólo cuando estamos contentos y estamos juntos, sino cada día, en los desiertos donde vivimos. Porque es allí que, con la gracia de Dios, nuestra vida está llamada a convertirse. Allí, en los numerosos desiertos que tenemos dentro o que nos rodean, allí la vida está llamada a florecer. Que el Señor nos conceda la gracia y la valentía de acoger esta verdad.

Al final de la misa, después del saludo dirigido al arzobispo de Atenas, el jesuita Theodoros Kontidis, el Papa se despidió con las siguientes palabras.

Queridos hermanos y hermanas:

Al concluir esta celebración, desearía expresar mi gratitud por la acogida que he recibido entre ustedes. ¡Gracias de corazón! *Efcharistó!* ¡[Gracias!]

La palabra Eucaristía, que proviene de la lengua griega, sintetiza el don de Cristo para toda la Iglesia. Y, de este modo, el agradecimiento está inscrito para nosotros cristianos en el corazón de la fe y de la vida. Que el Espíritu Santo pueda hacer de todo nuestro ser y nuestro obrar una Eucaristía, una acción de gracias a Dios y un don de amor a los hermanos.

En este contexto, renuevo mi profundo agradecimiento a las autoridades civiles, a la señora Presidenta de la República, aquí presente, y a mis hermanos obispos, como también a todos aquellos que han colaborado de distintas maneras para preparar y organizar esta visita. ¡Gracias a todos! Y gracias al coro que nos ha ayudado a rezar tan bien.

Mañana dejaré Grecia, pero no los dejaré a ustedes. Los llevaré conmigo, en la memoria y en la oración. Y también ustedes, por favor, sigan rezando por mí. ¡Gracias!



tan el poder se pasa repentinamente al desierto, a un hombre desconocido y solitario. Dios sorprende, sus decisiones sorprenden; estas no entran en las previsiones humanas, no persiguen el poder y la grandeza con los que el hombre habitualmente lo asocia. El Señor prefiere la pequeñez y la humildad. La

momentos en los que se tiene la impresión de hallarse en un desierto. Y es precisamente allí donde se hace presente el Señor, que a menudo no es acogido por quien se sienta exitoso, sino por quien siente que ya no puede seguir. Y llega con palabras de cercanía, compasión y ternura: «No temas, porque yo es-

tanto lugar que Dios no quiera visitar. Y hoy no podemos más que experimentar alegría al verlo en el desierto para alcanzarnos en nuestra pequeñez que ama y en nuestra sequedad que quiere saciar. Entonces, queridos amigos, no teman a la pequeñez, porque la cuestión no es ser pequeños o pocos, sino abri-

VIAJE APOSTÓLICO DEL PAPA FRANCISCO A GRECIA

Con los jóvenes reunidos en la escuela San Dionisio de las hermanas ursulinas en Marusi

El sueño de la fraternidad para vencer al miedo y la desesperación

El último encuentro del viaje en Grecia el Papa quiso reservarlo a los jóvenes. Se reunió con ellos en la mañana del lunes 6 de diciembre, en la escuela San Dionisio de las hermanas ursulinas en Marusi, en la periferia de Atenas. Publicamos a continuación el discurso pronunciado por el Pontífice después del saludo dirigido por el representante de la pastoral juvenil y los testimonios de una joven filipina, de una joven de Timos y de un joven sirio.

Queridos hermanos y hermanas: *Kaliméra sas!* ¡Buenos días!

Les agradezco por haber venido hasta aquí, muchos de ustedes desde lugares lejanos. Efcharistó! ¡Gracias! Estoy contento de encontrarme con ustedes finalizando mi visita a Grecia, y aprovecho la ocasión para renovar mi gratitud por la acogida y por todo el trabajo que llevaron adelante para organizarla. *Efcharistó!*

Sus hermosos testimonios me han impresionado. Ya los había leído y retomo ahora con ustedes algunas partes.

Katerina, nos has hablado de tus recurrentes dudas de fe. Quisiera decirte a ti y a todos ustedes, no tengan miedo de las dudas, porque no son faltas de fe. No tengan miedo de las dudas; al contrario, las dudas son "vitaminas de la fe", ayudan a robustecerla, a hacerla más fuerte, es decir, más consciente, la hacen crecer, la hacen más libre y más madura. La hacen más disponible a ponerse en camino, a seguir adelante cada día con humildad. Y la fe es precisamente esto, un camino cotidiano con Jesús que nos lleva de la mano, nos acompaña, nos alienta y, cuando caemos, vuelve a levantarnos; nunca se atemoriza. Es como una historia de amor, donde siempre se sigue adelante juntos, día tras día. Y como en una historia de amor, llegan momentos en los que es necesario interrogarse, hacerse preguntas. Y hace bien, hace crecer el nivel de la relación. Y esto es muy importante para ustedes, porque ustedes no pueden ir ciegos por el camino de la fe, no, sino que tienen que dialogar con Dios, con la propia conciencia y con los demás.

Quisiera destacar un punto importante en la experiencia de Katerina. A veces, frente a las incomprendiones o a las dificultades de la vida, en los momentos de soledad o de desilusión, esta duda puede llamar a la puerta de nuestro corazón: "Quizá soy yo que no voy bien, tal vez estoy equivocado, estoy equivocada". Amigos, es una tentación que hay que rechazar. El diablo nos mete esta duda en el corazón para arrojarnos en la tristeza. ¿Qué hay que hacer? ¿Qué hay que hacer cuando una duda de este tipo se vuelve sofocante y no nos deja en paz, cuando se pierde la confianza y no se sabe por dónde comenzar? Es necesario volver a encontrar el punto de partida. ¿Cuál es? Para comprenderlo, pongámonos a la escucha de vuestra gran cultura clásica. ¿Saben cuál fue el punto de partida de la filosofía, pero también del arte, de la cultura y de la ciencia? ¿Saben cuál? Todo comenzó por una chispa, por un descubrimiento



que se expresa con una palabra magnífica: *thaumázōn*. Es el maravillarse, el asombro. Así comenzó la filosofía, de maravillarse frente a aquello que es, frente a nuestra existencia, a la armonía de la creación y al misterio de la vida. Pero el asombro no es sólo el comienzo de la filosofía, sino también el inicio de nuestra fe. El Evangelio nos dice muchas veces que cuando alguien encuentra a Jesús se asombra, siente admiración. En el encuentro con Dios está siempre ese estupor, que es el inicio del diálogo con Dios. Y esto es así porque tener fe no consiste principalmente en un conjunto de cosas que hay que creer y de preceptos que hay que cumplir. El corazón de la fe no es una idea, no es una moral; el corazón de la fe es una realidad, una realidad bellísima que no depende de nosotros y que nos deja con la boca abierta: ¡somos hijos amados de Dios! Este es el corazón de la fe: ¡somos hijos amados de Dios! Hijos amados, tenemos un Padre que vela por nosotros y que nunca deja de amarnos. Reflexionemos: cualquier cosa que tú pienses o hagas, aunque sea lo peor, Dios sigue amándote. Yo quisiera que entiendan bien esto: Dios no se cansa de amar. Alguno puede decirme: "Pero si yo caigo en las cosas más feas, ¿Dios me ama?". Dios te ama. "Y si yo soy un traidor, un pecador tremendo, y acabo mal, en la droga, ¿Dios me ama?". Dios te ama. Dios ama siempre. No puede dejar de amar. Ama siempre y a pesar de todo, mira tu vida y la ve muy buena (cf. *Gn 1,31*). Nunca se arrepiente de nosotros. Si nos ponemos delante del espejo quizá no nos vemos como quisiéramos, porque corremos el riesgo de centrarnos en lo que no nos gusta. Pero si nos ponemos ante Dios la perspectiva cambia. No podemos más que asombrarnos de que seamos para Él, a pesar de todas nuestras debilidades y nuestros pecados, hijos amados desde siempre y para siempre. Entonces, más que comenzar la jornada frente al espejo, ¿por qué no abres la ventana de tu habitación y te detienes en todo, en todo lo hermoso que existe, en todo lo hermoso que ves? Sal de ti mismo. Queridos jóvenes, piensen que, si a nuestros ojos la creación es hermosa, a los ojos de Dios cada uno de ustedes es infinitamente hermoso. Él, dice la Escritura, "ha hecho de nosotros maravillas, maravillas admirables" (cf. *Sal 139,14*). Nosotros, para Dios, somos una maravilla admirable. Deja que este asombro te invada. Déjate amar por quien siempre cree en ti, por quien te ama más de cuanto tú mismo puedas llegar a amarte. No es fácil comprender esta anchura, esta profundidad del amor, no es fácil entenderla, pero es así; basta dejarse mirar por la mirada de Dios. Y cuando estén decepcionados por algo que hayan hecho, hay otro asombro que no tienen que dejar escapar: el asombro del perdón. En esto quiero ser claro: Dios perdona siempre. Somos nosotros los que nos cansamos de pedir perdón, pero Él perdona siempre. Allí, en el perdón, se encuentra el rostro del Padre y la paz del corazón. Allí, Él nos restaura de nuevo, derrama su amor en un abrazo que vuelve a levantarnos, que desintegra el mal cometido y vuelve a hacer resplandecer la belleza incontenible que hay en nosotros, el ser sus hijos predilectos. No permitamos que la pereza, el miedo o la vergüenza nos roben el tesoro del perdón. ¡Dejemos que el amor de Dios nos asombre! Nos redescubriremos a nosotros mismos; no lo que dicen de nosotros o lo que las pulsiones del momento suscitan en nosotros, no lo que los eslóganes publicitarios nos echan encima, sino nuestra verdad más profunda, la que ve Dios, aquella en la que Él cree: la belleza irrepetible que somos. ¿Recuerdan la famosa inscripción en la entrada del templo de Delfos? e, «conócete a ti mismo». Hoy corremos el peligro de olvidarnos de lo que somos, obsesionados por miles de apariencias, por mensajes machacantes que hacen depender la vida de la ropa que usamos, del automóvil que conducimos, del modo en que nos miran los demás. Pero aquella antigua invitación, concóctete a ti mismo, vale todavía hoy. Reconoce que vales por lo que eres, no por lo que tienes. No vales por la marca de la ropa o por el calzado que llevas, sino porque eres único, eres única. Pienso en otra imagen antigua, la de las sirenas. Como Ulises en su itinerario de regreso a casa, también ustedes en la vida, que es un viaje audaz hacia la Casa del Padre, encontrarán sirenas. En el mito atraían a los navegantes con su canto para hacerlos estrellar contra los arrecifes. En la realidad, las sirenas de hoy quieren hipnotizarlos con mensajes seductores e insistentes, que

apuntan a beneficios fáciles, a las falsas necesidades del consumismo, al culto del bienestar físico, a la diversión a toda costa. Son muchos fuegos artificiales, que brillan por un instante, y después sólo dejan humo en el aire. Yo los entiendo, resistir no es fácil. ¿Se acuerdan cómo resistió Ulises, asediado por las sirenas? Se hizo atar al palo mayor del barco. Pero otro personaje, Orfeo, nos enseña un camino mejor: entonó una melodía más hermosa que la de las sirenas y así las hizo callar. ¡Por eso es importante alimentar el asombro, la belleza de la fe! No somos cristianos porque debemos, sino porque es hermoso. Y precisamente porque queremos proteger esta belleza decimos no a lo que quiere ensombrecerla. La alegría del Evangelio, el asombro que provoca Jesús hace que las renunciaciones y las fatigas pasen a un segundo plano. Entonces, ¿estamos de acuerdo? Recuerden bien esto: ser cristiano no se trata fundamentalmente de hacer esto, de hacer aquello; de hacer cosas. Hay que hacer cosas, pero no es fundamentalmente eso. Ser cristiano fundamentalmente es dejar que Dios te ame, y reconocer que ante el amor de Dios eres único, eres única. Pasemos a otro capítulo. Los rostros de los demás. Ioanna, me gustó que, para hablarnos de tu vida, has hablado de los demás, sobre todo de las dos mujeres más importantes de tu vida, tu mamá y tu abuela, que te "han enseñado a rezar, a agradecer cada día a Dios". Así asimilaste la fe de manera natural, genuina. Y nos has dado un consejo que nos hace bien: que acudamos al Señor en cualquier circunstancia, "que le hablemos, que le confesemos nuestras preocupaciones". De ese modo, Jesús se hizo familiar para ti. ¡Qué contento está cuando nos abrimos a Él! Así se conoce a Dios. Porque para conocerlo no basta tener ideas claras sobre Él —esa es una pequeña parte, no es suficiente—, se necesita ir hacia Él con la vida. Tal vez este sea el motivo por el que tantos lo ignoran, porque sólo sienten predicaciones y discursos. En cambio, Jesús se transmite a través de rostros y de personas concretas. Hagan la prueba de releer los Hechos de los Apóstoles y verán cuántas personas, rostros y encuentros; así conocieron a Jesús nuestros padres en la fe. Dios no nos da un catecismo en la mano, sino que se hace presente por medio de las historias de las personas. Pasa a través de nosotros. Dios no nos da un libro en las manos para aprender cosas de memoria, no. Dios se hace entender con la cercanía, acompañándonos en el camino de la vida. Conocer a Jesús es justamente el núcleo de nuestra fe. Precisamente en este sentido, Ioanna, nos has contado acerca de una persona decisiva para ti, una religiosa que te mostró la alegría "de ver la vida como un servicio". Subrayo esto: ver la vida como un servicio. Es verdad, servir a los demás es el camino para conquistar la alegría. Dedicarse a los demás no es de perdedores, es de vencedores; es el ca-

mino para hacer algo realmente nuevo en la historia. Supe que en griego "joven" se dice "nuevo" y nuevo significa joven. El servicio es la novedad de Jesús; el servicio, dedicarse a los demás es la novedad que hace la vida siempre joven. ¿Quieres hacer algo nuevo en la vida? ¿Quieres rejuvenecer? No te contentes con publicar algún post o algún tuit. No te contentes con encuentros virtuales, busca los reales, sobre todo con quien te necesita; no busques la visibilidad, sino a los invisibles. Esto es original, esto es revolucionario. Salir de uno mismo para encontrar a los otros. Pero si tú vives prisionero en ti mismo, nunca encontrarás a los otros, nunca sabrás qué es servir. Servir es el gesto más bello, más grande de una persona, servir a los demás. Muchos hoy son "de redes sociales" pero poco "sociales", encerrados en sí mismos, prisioneros del teléfono que tienen entre sus manos. Pero en la pantalla falta el otro, faltan sus ojos, su respiración, sus manos. La pantalla se vuelve fácilmente un espejo, donde crees que estás frente al mundo, pero en realidad estás solo, en un mundo virtual lleno de apariencias, de fotos trucadas para parecer siempre hermosos y en forma. ¡Qué bonito, en cambio, es estar con los demás, descubrir la novedad del otro, dialogar con el otro, cultivar la mística del conjunto, la alegría de compartir, el ardor de servir!

A este respecto, en el encuentro con los jóvenes en Eslovaquia, el pasado mes de septiembre, algunos jóvenes mostraban una pancarta interesante. Tenía sólo dos palabras: "Todos hermanos". Me gustó. A menudo en los estadios, en las manifestaciones, en las calles se exponen pancartas para alentar la propia facción, las propias ideas, el propio equipo, los propios derechos. Pero la pancarta de esos jóvenes decía algo nuevo: que es hermoso sentirse hermanos y hermanas de todos, sentir que los demás forman parte de un nosotros, no gente de la que hay que tomar distancia. Estoy contento de verlos todos juntos, unidos, aun proviniendo de países e historias tan distintas. ¡Sueñen con la fraternidad!

En griego hay un refrán iluminador: *o filós ine állos eafthós*, "el amigo es otro yo". Sí, el otro es el camino para volver a encontrarse con uno mismo; no lo es el espejo, es el otro. Ciertamente, cuesta salir de las propias zonas de confort, es más fácil estar sentados en el sofá frente a la televisión. Pero eso es algo viejo, no es de jóvenes. Pero mira: un joven en el sofá, ¡qué cosa vieja! De jóvenes es reaccionar, abrirse cuando uno se siente solo, buscar a los demás cuando viene la tentación de cerrarse, entrenarse en esta "gimnasia del alma". Aquí nacieron los eventos deportivos más grandes, las Olimpiadas, el maratón. Más allá del espíritu de lucha que hace bien al cuerpo, está aquello que hace bien al alma: entrenarse para la apertura, recorrer largas distancias desde uno mismo para acortarla con los demás, lanzar el corazón atravesando los obstáculos, cargar unos los pesos de los otros. Entrenarse en esto los hará felices, los mantendrá jóvenes y les hará sentir la aventura de vivir. A propósito de aventura, Aboud, tu testimonio nos ha impactado: la huida, junto con los tuyos, de la amada y martirizada Siria, después de haber estado varias veces a punto de ser asesinados en la guerra. Y después de tantos "no" y miles de dificultades, llegaron a este país del único modo posible, en barco, permaneciendo "en una roca sin agua y sin comida, esperando el amanecer y una nave de la guardia costera": una verdadera odisea de nuestros días. Y me vino en mente que, en la Odisea de Homero, el primer héroe que aparece no es Ulises, sino un joven, Telémaco, su hijo, que vivió una gran aventura. No había conocido a su padre y estaba angustiado, desalentado porque no sabía dónde se encontraba y ni siquiera si estaba vivo. Se sentía sin raíces y estaba delante de una encrucijada: permanecer allí, a la espera, o quizá hacer una locura y lanzarse a la búsqueda. Hay varias voces, entre ellas la de la divinidad, que lo exhortan a ser valiente y a partir. Y él lo hace, se levanta, prepara el barco a escondidas y rápidamente, al despuntar el sol, sale a la aventura. El sentido de la vida no es quedarse en la playa esperando que el viento traiga novedades. La salvación está en mar abierto, está en el impulso, en seguir los sueños, los verdaderos, los que se sueñan con los ojos abiertos, que comportan esfuerzo, lucha, vientos contrarios, borrascas repentinas. Por favor, no hay que dejarse paralizar por el miedo, ¡sueñen en grande! ¡Y sueñen juntos! Como pasó con Telémaco, habrá quien intente detenerlos. Habrá siempre alguien que les dirá: "Déjalo, no te arriesgues, es inútil". Estos son los anuladores de sueños, los sicarios de la esperanza, los incurables nostálgicos del pasado. Ustedes, en cambio, por favor, alimenten la valentía de la esperanza, la que has tenido tú, Aboud. ¿Cómo se hace? Por medio de sus decisiones. Elegir es un desafío, es afrontar el miedo a lo desconocido, es salir del pantano de la aprobación, es decidirse a tomar la propia vida entre las manos. Para tomar decisiones adecuadas, pueden recordar una cosa: las buenas decisiones incluyen siempre a los demás, no sólo a uno mismo. Esas son las decisiones por las que vale la pena arriesgarse, los sueños que hay que realizar; aquellos que requieren valentía y que implican a los demás. Y, al despedirme de ustedes, les desco la valentía de seguir adelante, la valentía de arriesgar, la valentía de no quedarse en el sofá. El coraje de arriesgar, de ir al encuentro de los otros, nunca aislados, siempre con los demás. Y con esa valentía, cada uno de ustedes se encontrará a sí mismo, encontrará a los otros y hallará el sentido de la vida. Les deseo esto, con la ayuda de Dios, que los ama a todos. Dios los ama, sean valientes, ¡sigan adelante! *Brastá, óli masí!* ¡Adelante, todos juntos!

ANTES DEL VIAJE APOSTÓLICO DEL PAPA FRANCISCO A GRECIA

Entrevista con el arzobispo de Atenas

Sanar de la globalización del egoísmo

SILVINA PÉREZ

«Estamos llamados a promover la auténtica unidad y la fraternidad como antídoto contra la globalización de la indiferencia. La tarea de todos los cristianos es proponer una fe que sane la globalización del egoísmo ofreciendo solidaridad a todos también frente a las emergencias sociales y morales que asedian al mundo».

En las palabras del arzobispo de Atenas y administrador apostólico «ad nutum Sanctae Sedis» de Rodas, monseñor Theodoros Kontidis, está todo el sentido y el significado del 35º viaje del Papa Francisco, que mira a Oriente Medio y a los países ribereños del «Mare Nostrum», pero que también se dirige a Occidente. Para el prelado jesuita, el viaje del Papa Francisco y su presencia en Grecia representan «un acontecimiento histórico, ecuménico y político de gran importancia».

En la víspera de la llegada del Papa, ¿cuánta atención hay de parte de la opinión pública?

La autoridad moral de Francisco también ha llegado a Grecia y en general hay interés por su persona y su magisterio. El Papa es conocido por su sensibilidad hacia los pobres y por su sencillez evangélica. Los medios de comunicación rara vez dan protagonismo a las noticias o informaciones que provienen de la Iglesia católica, a veces lo hacen para destacar escándalos o noticias muy superficiales sobre la Iglesia. Sin embargo, esta visita se presenta como una gran oportunidad para mostrar una cara diferente de Grecia, y los jóvenes, por ejemplo, consideran un honor para su país poder recibir al Papa. Por supuesto, en algunos círculos, también existe cierta indiferencia y a veces auténtica desconfianza. Los prejuicios seculares se interponen entre el catolicismo y la identidad griega. Hay minorías que hacen de la cuestión de la identidad y la defensa de las tradiciones un verdadero muro contra el diálogo y la comprensión recíproca. Hay grupos de este tipo en todos los países.

¿Hay voces contrarias?

Estamos muy lejos del clima de la víspera del viaje de Juan Pablo II hace veinte años. En aquel momento, a Wojtyła le bastó un día para dar un vuelco al clima creado y deshacer los nudos del miedo y la criticidad de ciertos sectores. Hoy las voces discordantes son muy minoritarias, yo diría insignificantes. Y la Iglesia ortodoxa, su jerarquía debe tener en cuenta las diferentes sensibilidades.

¿Cuál es la importancia y el significado de este viaje para el país?

Grecia es un lugar donde se entrelazan muchas cuestiones importantes para el mundo de hoy, yo diría también para la Iglesia universal. Yo diría que esta visita es un paso importante hacia el mundo ortodoxo, un acercamiento, porque en el mundo y particularmente en el mundo occidental hay muchos desafíos para la Iglesia. Unidos a los ortodoxos, el testimonio cristiano se hace más fuerte y profundo. La tradición ortodoxa y las Iglesias ortodoxas resisten mejor a la corriente de la secularización. Los ortodoxos sienten un gran respeto por sus tradiciones espirituales. Incluso

quienes no están cerca de la Iglesia se reconocen en la tradición espiritual de su país o de su comunidad. Frente al desafío de la secularización, la ortodoxia es un aliado para los católicos. Y para Grecia, la presencia del Papa es sin duda una ventana que se abre al mundo. Para la comunidad católica, la presencia del Papa debe ser vista como un llamamiento a la fe en Cristo y en el Evangelio. Y al mismo tiempo una oportunidad para una mayor unidad en la fe y en la Iglesia católica universal. Como comunidad pequeña, a veces nos sentimos aislados. El Papa nos une a la Iglesia universal.

Ustedes son una Iglesia minoritaria en medio de una mayoría ortodoxa: ¿cómo viven esta condición?

De hecho, los católicos griegos representan menos del 1% de la población del país, pero la Iglesia católica está cambiando rápidamente. Para nosotros, los católicos, el Papa es el fundamento de la unidad y la universalidad de la Iglesia, más allá de las fronteras nacionales, raciales e ideológicas. En la Iglesia ortodoxa, las líneas de las fronteras nacionales indican la pertenencia. Esta es una de las grandes diferencias entre católicos y ortodoxos. La ortodoxia se compone de iglesias nacionales. Para nosotros, los católicos, la Iglesia es universal.



Iniciativa con la asistencia económico-financiera de la Santa Sede

Un primer grupo de refugiados desde Chipre a Italia por deseo del Papa

«Un gesto humanitario» que será la continuación ideal del viaje apostólico del Papa a Chipre. La oficina de prensa de la Santa Sede informó que «en las próximas semanas» en torno a una docena de refugiados viajará y será acogida en Italia. Se trata de un «signo de preocupación del Santo Padre hacia las familias y personas migrantes», se lee en una nota, que explica que algunos de ellos fueron saludados por el Papa al finalizar la oración ecuménica que tuvo lugar en la tarde del 3 de diciembre, en la iglesia de la Santa Cruz en Nicosia.

«Su traslado y acogida» serán posibles —indica la oficina de prensa— «gracias a un acuerdo entre la Secretaría de Estado, las autoridades italianas y chipriotas», con la colaboración de la Sección para los migrantes y refugiados del Dicasterio para el servicio del desarrollo humano integral y la Comunidad de San Egidio. Una primera docena de migrantes se beneficiará de esta oportunidad con el objetivo, en algunos meses, de extenderla a un total de cincuenta personas en condiciones análogas, como explica Giancarlo Penza, responsable de Relaciones internacionales y desarrollo de la Comunidad de San Egidio, hablando con los medios vaticanos.

«Fue voluntad del Santo Padre, organizando el viaje —subraya Penza, al micrófono de Massimiliano Menichetti— hacer este gesto de acogida y

de hospitalidad por parte de la Santa Sede para este grupo de refugiados que se encuentran en Chipre». La Comunidad de San Egidio identificó así a algunos refugiados para reubicarlos en las próximas semanas. «Contamos ya con que a mediados de diciembre y en cualquier caso antes de Navidad —afirma— llevar al primer grupo a Italia, que estará compuesto por una docena de personas de tres o cuatro grupos familiares». En total, añade, deberían ser «en torno a cincuenta personas y serán en gran parte grupos familiares compuesto de diferente forma entre los cuales también algunas mujeres solas con niños». Penza explica que, técnicamente, se trata de «reubicación» que «será realizada con la asistencia económico-financiera de la Santa Sede».

En lo que se refiere al primer grupo, «una vez en Italia, serán elegidos junto a la Santa Sede los lugares donde estos refugiados serán acogidos y después partirá el recorrido de integración que durará ciertamente hasta cuando no hayan obtenido el asilo político, un total de un año.

Creemos que como hemos hecho con los pasillos humanitarios en el pasado —concluye— también para esta operación, este grupo de refugiados podrá ser autónomo e independiente después de un año de su acogida, si el proceso de integración sea exitoso como descamos». (Silvina Pérez)

Durante la visita a Grecia

Memoria de Europa

«Dios bendiga a Grecia, la ‘memoria de Europa’». Esto es lo que el Papa Francisco escribió de su puño y letra en el libro de honor del Palacio Presidencial de Atenas, al final de su primer encuentro en suelo griego. Indicando así, en este viaje entre las llagas de los países mediterráneos, que Grecia es el corazón del renacimiento europeo.

Aquí, de hecho, nació la democracia, aquí el hombre consiguió dar una fisonomía a la convivencia, aquí nació la polis, entendida como la gestión del bien común.

Por la mañana, el avión que transporta a Francisco despegó de Larnaca con destino a la capital de Grecia, segunda escala de su 35º viaje apostólico al extranjero, que se prolongó hasta la mañana del lunes 6 de diciembre.

El avión aterrizó en el aeropuerto internacional de Atenas, donde el Papa fue recibido por el ministro de Asuntos Exteriores de la República Helénica, Nikos Dendias, al pie de la escalera delantera del avión, con cuatro niños, dos de ellos vestidos con trajes tradicionales, que le ofrecieron flores para darle la bienvenida.

Tras la acogida oficial en el aeropuerto, el Papa recorrió los 31 kilómetros que separan el Palacio Presidencial, donde tuvo lugar la ceremonia de bienvenida.

Tras los himnos y el homenaje a las banderas, la Presidenta de la República, Katerina Sakellariou, y el Papa se dirigieron a una sala para mantener un encuentro privado. Después, Sake-

llaropoulou acompañó al Papa al estudio contiguo, donde se intercambiaron regalos y se presentó a la familia.

A continuación, al término de la conversación con el Primer Ministro Kyriakos Mitsotakis, Francisco se dirigió al salón central del palacio presidencial para el encuentro con las autoridades políticas y religiosas, el cuerpo diplomático, los empresarios y los representantes de la sociedad civil y la cultura: unas 100 personas en total.

Aquí Francisco pronunció un discurso incisivo y lleno de ideas en el que, entre otras cosas, destacó que el «egoísmo nacionalista» en Europa puede provocar un «retroceso de la democracia», y no sólo en el «viejo continente». Al llegar de Chipre, donde pasó dos días y denunció la indiferencia ante el drama de la inmigración, Francisco dirigió un discurso muy político a las autoridades griegas, observando con «preocupación» cómo las «propuestas fáciles» del populismo, la excesiva burocracia y el alejamiento de las instituciones están haciendo retroceder la democracia, no sólo en Europa.

Por ello, abogó por un «multilateralismo» que no se vea ahogado por excesivas reivindicaciones nacionalistas.

La democracia «es compleja, mientras el autoritarismo es expeditivo y las promesas fáciles propuestas por los populismos se muestran atrayentes», añadió Bergoglio, dirigiéndose a los representantes del mundo político y civil griego. (Silvina Pérez)

El Papa denuncia discriminaciones y exclusiones –también en los cuidados sanitarios– que se nutren de prejuicios e ignorancia

Plena ciudadanía en la sociedad y en la Iglesia

Publicamos el texto del mensaje del Papa Francisco en vista de la Jornada internacional de las personas con discapacidad, que se celebra el 3 de diciembre. Presentado en la mañana del 25 de noviembre en la Sala de prensa de la Santa Sede, el documento pontificio denuncia las discriminaciones y las exclusiones, también en los cuidados sanitarios, debidos a prejuicios e ignorancia, y desea plena ciudadanía en la sociedad y en la Iglesia.

Queridos hermanos y hermanas:

Con motivo de su Día Internacional, quisiera dirigirme directamente a ustedes que viven con algún tipo de discapacidad, para decirles que la Iglesia los ama y necesita de cada uno de ustedes para cumplir su misión al servicio del Evangelio.

Jesús, el amigo ¡Jesús es nuestro amigo! Él mismo lo dijo a sus discípulos en la última cena (cf. *Jn* 15,14). Sus palabras llegan hasta nosotros, iluminando el misterio de nuestro vínculo con Él y nuestra pertenencia a la Iglesia. «La amistad con Jesús es inquebrantable. Él nunca se va, aunque a veces parece que hace silencio. Cuando lo necesitamos se deja encontrar por nosotros y está a nuestro lado por donde vayamos» (Exhort. ap. postsin. *Christus vivit*, 154). Los cristianos hemos recibido un don: el acceso al corazón de Jesús y la amistad con Él. Es un privilegio con el que hemos sido bendecidos y que se convierte en nuestra llamada, ¡nuestra vocación es ser sus amigos!

Tener a Jesús como amigo es el mayor de los consuelos y puede hacer de cada uno de nosotros un discípulo agradecido y alegre, capaz de dar testimonio de que la propia fragilidad no es un obstáculo para vivir y comunicar el Evangelio. La confianza y la amistad personal con Jesús pueden ser la clave espiritual para aceptar las limitaciones que todos experimentamos y para vivir nuestra condición de forma re-



conciada. Pueden suscitar una alegría que «llena el corazón y la vida entera» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 1) porque, como escribió un gran exégeta, la amistad con Jesús es «una chispa que enciende el fuego del entusiasmo» [1].

La Iglesia es su casa El Bautismo hace que cada uno de nosotros seamos miembros de pleno derecho de la comunidad eclesial y, sin exclusión ni discriminación, nos da la posibilidad de exclamar: «¡Soy Iglesia!» [2]. La Iglesia, de hecho, es la casa de ustedes. Nosotros, todos juntos, somos Iglesia porque Jesús ha elegido ser nuestro amigo. La Iglesia –queremos aprenderlo cada vez más en el proceso sinodal que hemos emprendido– «no es una comunidad de perfectos, sino de discípulos en camino, que siguen al Señor porque se reconocen pecadores y necesitados de su perdón» (*Catequesis*, 13 abril 2016). En este pueblo, que avanza a través de los acontecimientos de la historia guiado por la Palabra de Dios, «todos son protagonistas, nadie puede ser considerado un mero figurante» (*A los fieles de Roma*, 18 septiembre 2021). Por ello, cada uno de ustedes está llama-

do también a aportar su propia contribución en el camino sinodal. Estoy convencido de que, si es realmente «un proceso eclesial participativo e inclusivo» [2], la comunidad eclesial se verá verdaderamente enriquecida. Por desgracia, aún hoy muchos de ustedes «son tratados como cuerpos extraños en la sociedad. [...] Sienten que existen sin pertenecer y sin participar», y «hay todavía mucho que les impide tener una ciudadanía plena» (Carta enc. *Fratelli tutti*, 98). La discriminación sigue estando demasiado presente en varios niveles de la vida social; se alimenta de los prejuicios, la ignorancia y una cultura que lucha por comprender el valor inestimable de cada persona. En particular, seguir considerando la discapacidad –que es el resultado de la interacción entre las barreras sociales y las limitaciones de cada persona– como si fuera una enfermedad, contribuye a mantener sus vidas separadas y alimenta el estigma en su contra.

En lo que respecta a la vida de la Iglesia, «la peor discriminación [...] es la falta de atención espiritual» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 200), que a veces se ha manifestado en la negación del acceso a los sacramentos que, por desgracia, algunos de ustedes han experimentado. El Magisterio es muy claro en este asunto y recientemente el Directorio para la Catequesis declaró explícitamente que «nadie puede negar los sacramentos a las personas con discapacidad» (n. 272). Frente a la discriminación, es precisamente la amistad de Jesús, que todos recibimos como un don inmerecido, la que nos redime y nos permite experimentar las diferencias como una riqueza. En efecto, Jesús no nos llama siervos, mujeres y hombres de dignidad a medias, sino amigos, confidentes dignos de conocer todo lo que Él ha recibido del Padre (cf. *Jn* 15,15).

En tiempo de prueba La amistad de Jesús nos protege en el tiempo de la prueba. Soy consciente de que la pandemia de Covid-19, de la que estamos luchando por salir, ha tenido y sigue teniendo repercusiones muy duras en la vida de muchos de ustedes. Me refiero, por ejemplo, a la necesidad de permanecer en casa durante largos periodos; a la dificultad que tienen muchos estudiantes con discapacidad para acceder a las herramientas de aprendizaje a distancia; a los servicios de atención al público que se interrumpieron durante mucho tiempo en muchos países; y a muchas otras dificultades que cada uno de uste-

des ha tenido que afrontar. Pero, sobre todo, pienso en los que viven en centros residenciales y en el sufrimiento que ha supuesto la separación forzosa de sus seres queridos. En estos lugares el virus ha sido muy violento y, a pesar de la dedicación del personal, se ha cobrado demasiadas víctimas. Sepan que el Papa y la Iglesia están cerca de ustedes de manera especial, con afecto y ternura.

La Iglesia está al lado de todos los que siguen luchando contra el coronavirus. Como siempre, la Iglesia insiste en la necesidad de que todos sean atendidos, sin que la discapacidad sea un obstáculo para acceder a los mejores cuidados disponibles. En este sentido, algunas conferencias episcopales –como las de Inglaterra y Gales [3] y la de Estados Unidos [4]– ya han intervenido para pedir que se respete el derecho de todos a ser tratados sin discriminación.

El Evangelio es para todos Nuestra vocación también deriva de nuestra amistad con el Señor, que nos ha elegido para que demos mucho fruto y que nuestro fruto permanezca (cf. *Jn* 15,16). Presentándose como la verdadera Vid, quise que cada sarmiento, unido a Él, pudiera dar fruto. Sí, Jesús quiere que alcancemos «la felicidad para la cual fuimos creados. Él nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada» (Exhort. ap. *Gaudete et exsultate*, 1). El Evangelio también es para ti. Es una Palabra dirigida a todos, que consuela y, al mismo tiempo, llama a la conversión. El Concilio Vaticano II, hablando de la llamada universal a la santidad, enseña que «todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la pleni-

tud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad [...]». En el logro de esta perfección empeñen los fieles las fuerzas recibidas según la medida de la donación de Cristo, a fin de que, [...] se entreguen con toda su alma a la gloria de Dios y al servicio del prójimo» (Const. dogm. *Lumen gentium*, 40).

Los Evangelios nos dicen que cuando algunas personas con discapacidad conocieron a Jesús, sus vidas cambiaron profundamente y comenzaron a ser sus testigos. Es el caso, por ejemplo, del ciego de nacimiento que, curado por Jesús, afirmó con valentía delante de todos que era un profeta (cf. *Jn* 9,17); y muchos otros proclamaron con alegría lo que el Señor había hecho por ellos.

Sé que algunos de ustedes viven en condiciones extremadamente frágiles. Pero me gustaría dirigirme a ustedes –quizá pidiendo, cuando sea necesario, a sus familiares o a las personas más cercanas a ustedes que les lean estas palabras o que les transmitan este llamamiento que hago– y pedirles que recen. El Señor escucha atentamente la oración de los que confían en Él. Que nadie diga: «No sé rezar», porque, como dice el Apóstol, «el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad, porque como no sabemos orar como conviene, él mismo intercede por nosotros con gemidos inexplicables» (*Rm* 8,26). En los Evangelios, de hecho, Jesús escucha a los que se dirigen a Él incluso de forma aparentemente inadecuada, quizá sólo con un gesto (cf. *Lc* 8,44) o un grito (cf. *Mt* 10,46). En la oración hay una misión accesible a todos, y me gustaría encomendársela a ustedes de manera especial. No hay nadie tan frágil que no pueda rezar, adorar al Señor, dar gloria a

su santo Nombre e interceder por la salvación del mundo. Ante el Todopoderoso todos nos descubrimos iguales.

Queridos hermanos y hermanas, su oración es hoy más urgente que nunca. Santa Teresa de Ávila escribió que «cuando los tiempos son recios, son necesarios amigos fuertes de Dios para sostener a los flojos» [5]. La época de la pandemia nos ha mostrado claramente que todos somos vulnerables, «nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos» [6]. La primera forma de hacerlo es rezar. Todos podemos hacerlo; e incluso si, como Moisés, necesitamos que nos sostengan (cf. *Ex* 17,10), estamos seguros de que el Señor escuchará nuestra súplica.

Les deseo lo mejor. Que el Señor los bendiga y la Virgen Santa los proteja.

Roma, San Juan de Letrán, 20 de noviembre de 2021

FRANCISCO

[1] Rudolf Schnackenburg, *Amicizia con Gesù*, Brescia 2007, p. 68.

[2] Sínodo de los Obispos, Documento preparatorio. Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión, 2.

[3] Cf. *Bishops' Conference of England and Wales, Coronavirus and Access to Treatment* (20 abril 2020).

[4] Cf. USCCB - *Public Affairs Office, Statement on Rationing Protocols by Health Care Professionals in Response to Covid-19* (3 abril 2020).

[5] *Vida*, 15, 5.

[6] *Momento extraordinario de oración en tiempos de epidemia* (27 marzo 2020).

Un Belén peruano para la plaza de San Pedro



La plaza de San Pedro acogerá este año un original pesebre procedente de Perú. Este viernes, 10 de diciembre, será inaugurado junto con la iluminación del árbol, que como cada año ambientará la plaza. De este modo, se podrán contemplar las figuras que visten trajes tradicionales de Huancaavelica, representando así a los pueblos de los Andes. El pesebre que llega desde el poblado de Chopcca, está compuesto por más de 30 piezas.

Las figuras de la Virgen, San José, el Niño Jesús, los Reyes Magos y los pastores están realizadas a escala real. El árbol, un abeto rojo, viene de los bosques de Andalo, en Trentino y mide 28 metros. El Papa Francisco recibió en la mañana del viernes a las delegaciones de los donantes del pesebre y del árbol de Navidad. El belén y el árbol permanecerán en la plaza hasta el domingo 9 de enero, fiesta del Bautismo del Señor.

Vuelve la tradicional Navidad mexicana en el Vaticano



Durante las fiestas navideñas, los Museos Vaticanos y el Aula Pablo VI estarán decorados con artesanía del estado de Puebla.

Una de las iniciativas principales que giran en torno a la «Navidad Mexicana en el Vaticano» es la exposición de 20 grandes fotografías coloca-

das a lo largo de la Vía de la Conciliación de Roma, avenida que conduce a la Plaza de San Pedro. Muchas de las imágenes muestran expresiones de arte religioso, como el exterior y el interior de algunas iglesias. La exposición estará disponible hasta el próximo 6 de enero de 2022.

Videomensaje pontificio por la inauguración en Barcelona de la torre mariana de la basílica de la Sagrada Familia

Con los ojos hacia la “estrella”



Publicamos el texto del videomensaje enviado por el Papa Francisco con ocasión de la inauguración de la torre de la Virgen María de la basílica de la Sagrada Familia en Barcelona, que tuvo lugar el miércoles 8 de diciembre, solemnidad de la Inmaculada Concepción, con la bendición de la torre y la iluminación de una estrella de 12 puntas que corona la aguja, al finalizar la misa celebrada por el cardenal arzobispo Juan José Omella Omella.

Queridos hermanos y hermanas que peregrinan en la Arquidiócesis de Barcelona:

¡Paz y bien! Y con este cordial saludo franciscano, me uno a todos ustedes desde Roma en este momento en que se enciende la estrella de la torre de la Virgen María en la Basílica de la Sagrada Familia.

También quiero hacer llegar mi saludo de un modo especial a los más pobres de esa gran ciudad, a los enfermos, a los afectados por la pandemia del Covid-19, a los ancianos, a los jóvenes que por diferentes situaciones ven comprometido su futuro, a las personas que están viviendo momentos de prueba. Queridos amigos, para todos ustedes brilla hoy la estrella de la torre de María.

Junto a mis hermanos —el Arzobispo Cardenal Juan José Omella y sus tres Obispos auxiliares— ustedes “caminan juntos”, es decir, sinodalmente, tanto los fieles laicos —niños, adolescentes,

jóvenes y adultos—, como los miembros de la vida consagrada, los seminaristas, los diáconos y sacerdotes. En este camino sinodal los ilumina desde hoy esta estrella que el gran arquitecto Antoni Gaudí soñó que coronaría la torre de la Virgen María.

Y es que María es la “Estrella de la nueva evangelización”. Por eso, elevando nuestros ojos a la estrella que corona la torre, los invito a que contemplen a nues-

María, templo de este misterio, y a dar culto a Dios en espíritu y en verdad.

El Evangelio de san Lucas se refiere a ella, en efecto, como la «llena de gracia» (Lc 1,28). También nosotros nos dirigimos a ella de ese modo en cada Ave María que rezamos, sintiendo siempre su presencia materna y entrañable. Ella está llena de la presencia de Dios, que se ha hecho carne en su seno. Por eso, Gaudí también la coloca en el cen-

Gaudí también la coloca en el centro del portal de la caridad, ofreciéndonos al Niño Dios bajo la atenta mirada de san José, para que entremos en su Iglesia inflamados de amor a Dios y a los hombres

tra Madre, «porque cada vez que miramos a María volvemos a creer en lo revolucionario de la ternura y del cariño» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 288).

Hoy celebramos la solemnidad de María Inmaculada, ¡ella sí que es una obra maestra! En perfecta sintonía con el designio de Dios sobre ella, la Virgen María se convirtió en la más santa, humilde, dócil y transparente ante Dios. Gaudí quiso que este misterio coronara el portal de la fe —el primero que construyó— para que, al desgranar la oración a la Santísima Trinidad, que rescribe por toda la basílica, aprendiésemos a ser, como

tro del portal de la caridad, ofreciéndonos al Niño Dios bajo la atenta mirada de san José, para que entremos en su Iglesia inflamados de amor a Dios y a los hombres.

Los animo a que también ustedes sigan el ejemplo de la Virgen María con gestos cotidianos de amor y de servicio. La belleza inmaculada de nuestra Madre es inimitable. Y, al mismo tiempo, nos atrae. Que esta estrella que brilla desde hoy los ilumine para que, desgranando las cuentas del rosario, digan “sí” una vez para siempre a la gracia del Señor y den un “no” rotundo al pecado. Rezando con María

meditamos los misterios de la vida de Jesús, pero también discernimos el camino que Él nos indica y recibimos la fuerza para rechazar las tentaciones de la violencia o del beneficio inmediato.

Yo también me uno a vuestras oraciones que, como innumerables rosas, se representan a los pies de María en esa hermosa basílica. Rezo para que cada uno de ustedes haga que Barcelona sea más habitable y acogedora para todos. Encomiendo de manera especial a aquellas personas que desempeñan roles de mayor responsabilidad. Que la Virgen María les obtenga sabiduría, prontitud en el servicio y amplitud de miras.

Que Santa María vele con su estrella luminosa por las familias. Ella, formando la Sagrada Familia de Nazaret junto al Niño Jesús y a san José, vivió situaciones similares a tantas familias como las de ustedes. Gaudí lo representó en el portal de la esperanza, expresando con el rostro de los obreros los sufrimientos y las dificultades que los ponían en comunión con los que sufrió la Sagrada Familia, el destierro a Egipto de tantos

pobres que buscan un futuro mejor o huyen del mal; la muerte de tantos inocentes que se unen a los de Belén. Que la Virgen María vele por sus hogares, por sus escuelas, universidades, oficinas, comercios, hospitales, cárceles. Desgranando la corona de los dolores de la Virgen no dejen de rezar

en el anuncio de la Buena Nueva del Evangelio a los jóvenes, en la acogida a los pobres y marginados, desde el discernimiento propio de quien tiene el oído muy fino para saber escuchar el Espíritu y un corazón totalmente dispuesto para cumplir lo que Él nos pide. No se olviden del árbol, no se olvi-

Que desde el encuentro con Cristo crezcan en fraternidad, en el anuncio de la Buena Nueva del Evangelio a los jóvenes, en la acogida a los pobres y marginados, desde el discernimiento propio de quien tiene el oído muy fino para saber escuchar el Espíritu

por los pobres, los excluidos, porque ellos están en el corazón de Dios. Y tantas veces nosotros somos responsables de la pobreza y de la exclusión de ellos. Aprovechemos para examinarnos, cuánta responsabilidad tenemos en esto.

Que esta estrella encendida de la torre de la Virgen María también nos ilumine para seguir haciendo vida el Plan Pastoral Diocesano, irradiando por doquier la alegría del Evangelio. Que desde el encuentro con Cristo crezcan en fraternidad,

den de los ancianos. Un árbol sin raíces no crece, no florece. No descartemos a los ancianos, no son material de descarte, son memoria viva. De ellos viene la savia que hace crecer todo. Ayudemos al diálogo entre jóvenes y ancianos, para que sea traspasada esa sabiduría que los hará crecer y florecer.

Que Dios los bendiga y que la Virgen Santa, nuestra Madre Inmaculada, los cuide. Y, por favor, no se olviden de rezar por mí. Gracias.



L'inaugurazione della torre e, a sinistra, la proiezione del videomessaggio del Papa (foto: Simón-Castellví)

Sobre la Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe

Un pueblo en diálogo

LORENA PACHO PEDROCHE

Una labor inédita de escucha con un alcance sin precedentes. América latina ha estrenado un nuevo modo colectivo de vivir la fe y la pertenencia a la Iglesia, con raíces en los orígenes, a través de la primera Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe, una experiencia que pasa por caminar juntos como Pueblo de Dios y que busca reavivar la Iglesia de una nueva manera, presentando una propuesta reformadora y regeneradora. Es una asamblea eclesial, no solo episcopal, que incluye la participación activa de todos, con una metodología representativa, inclusiva y participativa, y que el Papa Francisco convocó a inicios de año. No se trata de un acontecimiento que emerge de manera espontánea o menos aún como fruto del azar. América Latina y El Caribe cuenta con una rica tradición y experiencia sinodal a lo largo de los siglos. Como explican desde la propia organización, este es un fruto que brota de raíces que han marcado la identidad de la Iglesia en el Continente desde los primeros tiempos de la Evangelización: los Concilios Provinciales, los



eclesial las conclusiones que se alcanzaron en las asambleas locales.

La teóloga argentina Emilce Cuda, jefa de Oficina de la Pontificia Comisión para América Latina, como participante de la primera Asamblea

muerte natural". A estos retos a los que se enfrentan las comunidades se suma el de "incrementar la formación en la sinodalidad para erradicar el clericalismo", "promover la participación de los laicos en espacios de transformación cultural, político, social y eclesial" o "escuchar el clamor de los pobres, excluidos y descartados". Además, entre los compromisos también se encuentra el de "reformar los itinerarios formativos de los seminarios incluyendo temáticas como ecología integral, pueblos originarios, inculturación e interculturalidad y pensamiento social de la Iglesia". De la escucha y el discernimiento surgió también el desafío de "renovar, a la luz de la Palabra de Dios y el Vaticano II, nuestro concepto y experiencia de Iglesia Pueblo de Dios, en comunión con la riqueza de su ministerialidad, que evite el clericalismo y favorezca la conversión pastoral".

Otros desafíos de la Iglesia que surgieron en las reuniones y fueron discutidos en la Asamblea son "reafirmar y dar prioridad a una ecología integral en nuestras comunidades, a partir de los cuatro sueños de *Querida Amazonía*", "propiciar el encuentro personal con Jesucristo encarnado en la realidad del continente" y "acompañar a los pueblos originarios y afrodescendientes en la defensa de la vida, la tierra y las culturas".

Emilce Cuda reflexiona sobre la realidad eclesial y social del continente latinoamericano y sobre un concepto que ha propuesto el Papa Francisco para describir a los protagonistas de este camino: "Samaritanos comunitarios". "Hay que entenderlo desde la realidad de América Latina, donde el pueblo de Dios es sujeto de discernimiento. Esto es difícil de comprender en el mundo actual donde prima el individualismo, pero cuando la Iglesia católica habla de pueblo como una comunidad con una unidad, se convierte en un sujeto", apunta la teóloga, y añade: "El Samaritano es alguien de las periferias que encuentra a alguien que sufre, se detiene y lo ayuda, sin preguntar nada. El Papa, a mi modo de ver,

está haciendo referencia a estas comunidades que son de la periferia, quizá por eso samaritano, no porque no sean Iglesia sino porque son el borde del sistema, están fuera de la sociedad y justamente por eso han desarrollado más la sensibilidad para conocer el sufrimiento del otro, para saber lo que el otro está sintiendo y para poder invertir su tiempo en ayudarlo como comunidad". También expone que en América Latina "las periferias están unidas comunitariamente y por eso sobreviven" y apunta a diferentes campos en los que se da este fenómeno, desde la economía a los sistemas de salud. "Por tener memoria de sufrimiento, por ser sujeto de exclusión y sufrimiento, el pueblo ha desarrollado la sensibilidad comunitaria de atender al otro". Y resalta: "El papa ha hablado varias veces de la salvación comunitaria, nadie se salva solo".

Entre los grandes y variados temas abordados por las comunidades eclesiales latinoamericanas se encuentran, entre otros, la pandemia del covid-19, signo de un cambio de época; el modelo económico y social que se vuelve contra el ser humano; la creciente exclusión, la cultura del descarte y las prácticas de solidaridad; la escucha del clamor de la tierra, el cuidado de la casa común, la creciente violencia en nuestras sociedades. También las grandes brechas educativas, necesidad de un "Pacto Educativo Global"; los migrantes, refugiados y víctimas de trata como nuevos rostros de la cultura del descarte; los pueblos indígenas y afrodescendientes: hacia una plena ciudadanía en la sociedad y la Iglesia. O la globalización y la democratización de la comunicación social; el debilitamiento de los procesos políticos y democráticos en nuestros países; la información desbordante, conocimientos fragmentados y urgencia de una visión integradora, entre infinidad de asuntos. "La Iglesia no solo se ocupa de cuestiones que tengan que ver con la fe y con el culto, se ocupa también de otras muchas cosas, como de cuidar la creación, incluyendo los bienes materiales y

las personas. Esta Asamblea se ocupa de temas de fe pero también de la Iglesia como Pueblo de Dios y su responsabilidad para que la gente tenga una vida digna, para que haya un acceso universal a los bienes comunes, para se institucionalicen relaciones solidarias y que se pueda construir una participación política democrática. La Iglesia asume como responsabilidad la Doctrina social de la Iglesia, los problemas sociales", reflexiona Emilce Cuda.

La teóloga señala que el desarrollo de la Asamblea dependerá de la comunidad, "de su capacidad de diálogo, de que comprenda que para salvarse hay que unirse, de la confianza en la iglesia como Pueblo de Dios, que no solamente se plantee como algo externo a la Iglesia para hacer

sinodalidad

Como ha recordado Mauricio López Oropeza, director del Centro Pastoral de Acción Social y Redes del CELAM, el Consejo Episcopal Latinoamericano, en el aspecto de la eclesialidad, la Asamblea es una contribución directa al camino del Sínodo de la sinodalidad que está ya en marcha. Y en concreto, "esta experiencia regional es una expresión del espíritu que insiste, persiste y resiste, que no para ante los grupos que rechazan cualquier cambio en la Iglesia, que se cierran en sí mismos con miedo a los cambios".

Una de las guías oficiales para el camino hacia la Asamblea eclesial, elaborada por el CELAM, define la sinodalidad de esta manera: "Es cuando los obispos, sacerdotes, diáconos y demás ministros ordena-

La Iglesia no solo se ocupa de cuestiones que tengan que ver con la fe y con el culto, se ocupa también de otras muchas cosas, como de cuidar la creación, incluyendo los bienes materiales y las personas

Sínodos y las Conferencias Generales del Episcopado, la última celebrada en Aparecida en mayo del 2007.

La Primera Asamblea Eclesial se lleva a cabo también en el contexto del camino sinodal hacia el Sínodo sobre la sinodalidad que se realizará en octubre de 2023, en Roma. El Papa Francisco considera que es fundamental la fase de participación activa del Pueblo de Dios en camino hacia este evento clave para la Iglesia universal que lleva por título "Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión". De hecho, el Documento preparatorio del Sínodo afirma que "caminando juntos, y juntos reflexionando sobre el camino recorrido, la Iglesia podrá aprender, a partir de lo que irá experimentando, cuales son los procesos que pueden ayudarla a vivir la comunión, a realizar la participación y a abrirse a la misión". Por ello, es particularmente interesante escuchar las experiencias y los aprendizajes que surjan del desarrollo de la Primera Asamblea Eclesial de América Latina y del proceso de escucha anterior a su realización.

Muchas personas, hombres y mujeres de diversas edades y de diferentes vocaciones y ministerios en la Iglesia, han participado con mucho interés, alegría, dedicación y compromiso a través de las diferentes modalidades en el proceso de escucha y debate durante este año. A finales de noviembre, un millar de representantes de todos los participantes se reunió en México para exponer en común en la gran Asamblea

Eclesial, considera que se ha iniciado un proceso que llama al cambio y que involucra a todos los componentes del Pueblo de Dios. Y resalta la importancia de las reuniones previas. "No eran personas individuales las que participaban, sino comunidades parroquiales o comunidades barriales, comunidades pertenecientes a Movimientos populares, agrupaciones políticas, comunidades de base, universidades no necesariamente católicas", señala en conversación con L'Osservatore Romano. Y concluye: "Se realizó con espíritu eclesial, con espíritu comunitario, se pensó en la comunidad como sujeto de discernimiento".

Desafíos pastorales

También explica que en México se reflexionó sobre los resultados de los encuentros anteriores "con un espíritu comunitario de pensar una iglesia en el siglo XXI con todo lo que eso implica". De ese debate emanaron doce desafíos pastorales que deberán afrontar las Iglesias locales. "Reconocer y valorar el protagonismo de los jóvenes en la comunidad eclesial y en la sociedad como agentes de transformación" es el primero de ellos. Le siguen "acompañar a las víctimas de las injusticias sociales y eclesiales con procesos de reconocimiento y reparación", "impulsar la participación activa de las mujeres en los ministerios, las instancias de gobierno, de discernimiento y decisión eclesial" y "promover y defender la dignidad de la vida y de la persona humana desde su concepción hasta la

El sentido de caminar juntos se construye comunitariamente. La Iglesia Universal tiene que construir el verdadero sentido de la sinodalidad en este tiempo. Sinodalidad no significa destruir autoridades, aniquilar identidades, caer en la trampa de decir 'somos todos iguales' para no respetar la riqueza de la diversidad.

críticas de todo aquello que no anda bien sino que tome posición como un credo, como parte de la Iglesia". Y apunta: "Todos somos parte, el proyecto se va construyendo en este camino, en este acontecimiento. Lo que está pasando es que un pueblo que se puso a dialogar. Es una gracia de Dios que el pueblo fiel pueda reunirse en asamblea y pueda discernir juntos como cuidar el mundo. Este concepto está muy incorporado en el pueblo latinoamericano, la responsabilidad sobre los bienes comunes, no solo los materiales, necesarios para la subsistencia. Es un pueblo muy consciente de que la naturaleza, los bienes creados, son un bien común y es su responsabilidad cuidarlos. En uno de los continentes más ricos del globo y a la vez más desigual, desde la virtud teológica del amor el Pueblo de Dios trabaja por la justicia".

La Asamblea y la

dos; personas consagradas; laicas y laicos, caminamos juntos dialogando, aprendiendo unos de otros y respondiendo cada uno según su condición a las realidades de nuestra Iglesia y del mundo".

Emilce Cuda considera que "la misma comunidad tiene que construir el significado de esta palabra". Y puntualiza: "El sentido de caminar juntos se construye comunitariamente. La Iglesia Universal tiene que construir el verdadero sentido de la sinodalidad en este tiempo. Sinodalidad no significa destruir autoridades, aniquilar identidades, caer en la trampa de decir 'somos todos iguales' para no respetar la riqueza de la diversidad. No es sinónimo de igualdad, a mi modo de ver, sino de fraternidad, de igualdad en la diferencia, vamos a caminar juntos pero respetando los saberes que aporta cada uno, el colorido que aporta cada cultura. Es un concepto complejo".

En el Ángelus el Papa habla de la actitud de María dentro de los muros de la casa de Nazaret

Libre de sí misma por ser humilde

Al finalizar la oración el recuerdo de la visita a Chipre y Grecia

La actitud de María dentro de los muros de la casa de Nazaret estuvo en el centro de la reflexión propuesta por el Papa en el Ángelus recitado desde la ventana del Estudio privado del Palacio apostólico vaticano con los fieles reunidos en la plaza de San Pedro a medio día del miércoles 8 de diciembre, solemnidad de la Inmaculada Concepción.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de la Liturgia de hoy, Solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, nos hace entrar en su casa de Nazaret, donde recibe el anuncio del ángel (cf. *Lc* 1,26-38). Una persona se revela mejor en su hogar que en otras partes. Y precisamente en esa intimidad doméstica el Evangelio nos da un detalle que revela la belleza del corazón de María.

El ángel la llama «llena de

do a ella lo que no se atribuía a sí misma. De hecho, María no se atribuye prerrogativas, no reclama nada, no atribuye nada a su mérito. No siente autocomplacencia, no se exalta. Porque en su humildad sabe que todo lo recibe de Dios. Por tanto, está libre de sí misma, completamente orientada a Dios y a los demás. María Inmaculada no tiene ojos para sí misma. Aquí está la verdadera humildad: no tener ojos para uno mismo, sino para Dios y para los demás.

Recordemos que esta perfección de María, la llena de gracia, la declara el ángel dentro de las paredes de su casa: no en la plaza principal de Nazaret, sino allí, en el ocultamiento, en la mayor humildad. En esa casita de Nazaret palpita el corazón más grande que una criatura haya tenido jamás. Queridos hermanos y

siasmo por el ideal de santidad, que no es una cuestión de estampitas, sino de vivir cada día lo que nos sucede con humildad y alegría, como la Virgen, libres de nosotros mismos, con la mirada puesta en Dios y en el prójimo que encontramos. Por favor, no nos desanimemos: ¡el Señor nos ha dado a todos un buen paño para tejer la santidad en la vida diaria! Y cuando nos asalte la duda de no lograrlo o la tristeza de ser inadecuados, dejémonos mirar por los "ojos misericordiosos" de la Virgen, ¡porque nadie que haya pedido su ayuda ha sido abandonado jamás!

Al finalizar la oración mariana el Pontífice recordó el reciente viaje a Chipre y Grecia y habló del cierre del Año dedicado a san José y del Jubileo Lauretano; finalmente saludó a los presentes.

Iglesia de Jesús, que es Madre y nos acompaña, nos protege, nos hace seguir adelante, todos hermanos. Mi deseo para Chipre es que sea siempre un laboratorio de fraternidad, donde el encuentro prevalezca sobre el enfrentamiento, donde el hermano sea acogido, especialmente cuando es pobre, descartado, emigrado. Repito que, frente a la historia, frente a los rostros de los que emigran, no podemos callarnos, no podemos mirar a otro lado.

En Chipre, como en Lesbos, pude mirar a los ojos este sufrimiento: por favor, miremos a los ojos a las personas descartadas que encontramos, dejémoslos provocar por los rostros de los niños, hijos de migrantes desesperados. Dejemos que su sufrimiento nos excite dentro para reaccionar ante nuestra indiferencia; ¡mi-

ción. Les pido que continúen orando para que germinen en la paciencia y florezcan en la confianza.

Hoy finaliza el Año dedicado a San José, Patrono de la Iglesia universal. Y pasado mañana, 10 de diciembre, tendrá lugar en Loreto la clausura del Jubileo Lauretano. Que la gracia de estos eventos continúe operando en nuestra vida y en nuestras comunidades. ¡Que la Virgen María y San José nos guíen por el camino de la santidad!

¡Y saludo a todos, romanos y peregrinos! Un deseo especial para la Acción Católica Italiana: que en las diócesis y parroquias sea un campo de entrenamiento para la sinodali-

dad. Saludo a los niños del Coro "Milleunavoce", a los fieles de Zaragoza y a los jóvenes de Valdemoro, diócesis de Getafe, España —los españoles se están haciendo oír, ¡muy bien!—. Así como a la delegación del Municipio de Rocca di Papa, con la antorcha que encenderá la estrella navideña en la Fortaleza de la villa. Saludo al grupo de mexicanos del Estado de Puebla.

Les deseo a todos una feliz fiesta, especialmente a los chicos de la Inmaculada, ¡es su fiesta! Por favor, no se olviden de rezar por mí, yo lo hago por ustedes.

Buen almuerzo y hasta pronto.

Reflexión del tercer domingo de Adviento

La grande protagonista

ÓSCAR ANDRÉS RODRÍGUEZ MARADIAGA*

La protagonista del Evangelio de este tercer domingo de adviento (*Lucas* 3, 10-18) es sin duda la Alegría. Un himno a la alegría, un panegírico al gozo, y por ende a la esperanza. La primera lectura (*Sofonías*, 3, 14-18), pide "gozar" y "regocijarse", es más "dar gritos de júbilo", porque el "Señor será rey de Israel".

Ahora bien, es difícil, tejer un discurso de alegría y felicidad en un mundo donde tantas veces pareciera que esta protagonista no existiera. Abrimos cualquier periódico y casi la totalidad de las noticias propuestas conllevan su *punctum dolens*, su nota triste de aflicción, crueldad y hasta desesperación. ¿No será porque estamos esperando quien nos enseñe a gozar verdaderamente?

Y es que es lógico, porque la Felicidad con mayúscula, no tiene sentido si no va acompañada de la esperanza. Vivir en un mundo donde muchos optan libremente por desencadenar todo tipo de instintos, pasiones e impulsos, nos conduce a ver la vida absolutizada en un presente marchito. Una vida que no vaya acompañada de espera, jamás podrá aspirar a una existencia abierta al amor, del mismo modo como una planta que necesita de pequeñas cantidades de agua cada día para sobrevivir. No un efímero gozo, que hoy vale, que hoy grita un falso "carpe diem" confundiendo y corrompiéndose en un gozo sí pero cerrado en sí mismo en la paradoja del *gaudium* pero egoísta, pasajero, que nos deja insatisfechos, vacíos, huecos por dentro.

¿Por qué? ¿Por qué tantas veces cuando pensábamos encontrar la felicidad, la alegría, nos encontramos una vez paladeado su fruto momentáneo, con las manos vacías y el corazón congelado incluso de tristeza? Y no encontramos otra respuesta. Es porque nuestra alma está hecha para las cosas que no caducan. Es por eso que nuestra felicidad, que nuestros pequeños o grandes gozos nos dejarán motivados o vacíos si en ellos está el germen de lo eterno, si conlleva esa pizca de trascendencia. Y nuestra verdadera eternidad y trascendencia solo puede estar en Dios. Nuestro inquieto corazón no descansará jamás en buscar ese origen y esa fuente capaz de renovarlo. Solo en Dios.

Si bien, se nos invita a gozar, y la alegría no puede realizarse sin esperanza, esta debe estar también cargada de significado. Y es por eso que buscamos un motivo para nuestra alegría como cristianos: la espera del Rey, la espera de un niño nacido de una virgen. Es así que el día de hoy, fiesta de la Virgen de Guadalupe, este mensaje cobra su máximo esplendor. ¿Quién mejor que ella para enseñarnos el camino de la espera? Camino sembrado sí de tantas contradicciones, que rozaban lo inverosímil lo increíble. Pero confió en la palabra de Dios, en su promesa. Y su espera fue recompensada. Y ahora hombres y mujeres del siglo XXI escuchamos con gusto sus dulces palabras: "no temas el más pequeño de mis hijos. ¿No estoy yo aquí que soy tu madre?"

Adviento, es la ocasión por antonomasia para cultivar la esperanza en la memoria. Recordar que somos cristianos. Recordar la promesa que también Dios nos hace: vendrá a poner su tienda en mi corazón. Por tanto no perder nunca la esperanza, por más gris que se vea el horizonte, ahí estará siempre la *Stella Maris*, que nos dirá siempre: "sigue remando, al final de tu travesía, encontrarás la paz".

*Cardenal arzobispo de Tegucigalpa, Honduras



gracia». Si está llena de gracia, significa que la Virgen está vacía de maldad, es sin pecado, Inmaculada. Ahora, ante este saludo María —dice el texto— «se conturbó» (*Lc* 1,29). No solo está sorprendida, sino también turbada. Recibir grandes elogios, honores y cumplidos a veces tiene el riesgo de despertar el orgullo y la presunción. Recordemos que Jesús no es tierno con los que van en busca del saludo en las plazas, de la adulación, de la visibilidad (cf. *Lc* 20, 46). María, en cambio, no se enaltece, sino que se turba; en lugar de sentirse halagada, siente asombro. El saludo del ángel le parece más grande que ella. ¿Por qué? Porque se siente pequeña por dentro, y esta pequeñez, esta humildad atrae la mirada de Dios.

Así, entre las paredes de la casa de Nazaret vemos un rasgo maravilloso. ¿Cómo es el corazón de María? Tras recibir el más alto de los cumplidos, se turba porque siente dirigi-

hermanas, ¡esta es una noticia extraordinaria para nosotros! Porque nos dice que el Señor, para hacer maravillas, no necesita grandes medios ni nuestras sublimes habilidades, sino nuestra humildad, nuestra mirada abierta a Él y abierta también a los demás. Con ese anuncio, dentro de las pobres paredes de una pequeña casa, Dios cambió la historia. También hoy quiere hacer grandes cosas con nosotros en la vida de todos los días, es decir, en la familia, en el trabajo, en los ambientes cotidianos. Ahí, más que en los grandes acontecimientos de la historia, ama obrar la gracia de Dios. Pero, me pregunto, ¿lo creemos? ¿O pensamos que la santidad es una utopía, algo para los profesionales, una ilusión piadosa incompatible con la vida ordinaria?

Pidámosle a la Virgen una gracia: que nos libre de la idea engañosa de que una cosa es el Evangelio y otra la vida; que nos encienda de entu-

Queridos hermanos y hermanas:

Hace dos días regresé de mi viaje a Chipre y Grecia. Doy gracias al Señor por esta peregrinación; les agradezco a todos ustedes por las oraciones que me han acompañado, y a la gente de esos dos queridos países, con sus autoridades civiles y religiosas, por el cariño y la amabilidad con que me recibieron. A todos les repito: ¡gracias!

Chipre es una perla en el Mediterráneo, una perla de rara belleza, que sin embargo lleva impresa la herida del alambre de púas, el dolor de un muro que la divide. En Chipre me sentí como en casa; en todos hallé hermanos y hermanas. Guardo cada reunión en mi corazón, especialmente la Misa en el estadio de Nicosia. Mi querido hermano ortodoxo Chrysostomos me conmovió cuando me habló de la Iglesia Madre: como cristianos seguimos caminos diferentes, pero somos hijos de la

remos sus caras, para despertar del sueño de la costumbre!

Pienso también con gratitud en Grecia. Allí también recibí una acogida fraterna. En Atenas me sentí inmerso en la grandeza de la historia, en esa memoria de Europa: humanismo, democracia, sabiduría, fe. Allí también experimenté la mística del conjunto: en el encuentro con los hermanos obispos y la comunidad católica, en la misa festiva, celebrada el día del Señor, y luego con los jóvenes, que venían de muchas partes, algunos de muy lejos para vivir y compartir la alegría del evangelio. Y nuevamente, experimenté el don de abrazar al querido arzobispo ortodoxo Ieronymos: primero me recibió en su casa y al día siguiente vino a verme. Guardo esta fraternidad en mi corazón. Encomiendo a la Santa Madre de Dios las muchas semillas de encuentro y esperanza que el Señor ha sembrado en esta peregrina-